

COMEDIA.
LAS VIVANDERAS
ILUSTRES.

POR DON ANTONIO VALLADARES.

ACTORES.

El Marqués de la Colina, General, y prometido Esposo de la Condesa de Villaserma, con nombre de Rosalta, Vivandera.	Un Ayudante.
Gertrudis, hija de ésta, y del Marqués.	Un Teniente, Padrino del Reo.
Jacinto, Soldado, y Conde del Rio.	Quatro Capitanes.
El Coronel, hijo del Marqués.	Felipe, Tambor, Esposo de Jacinta, Vivandera.
Un Brigadier.	Un Sargento.
Un Sargento Mayor.	Dos Criados del General.
	Soldados.

ACTO PRIMERO.

LA ESCENA ES A VISTA DE BARCELONA.

El dia empieza à amanecer, aumentando sus luces poco à poco. Se oye el toque de la Alborada ò Diana, por tres cajas, y tres pitos en partes diferentes, y lejanos unos de otros. Los primeros bastidores de la derecha, y de la izquierda los ocuparán unas Barracas de Vivanderas arrimadas à algunos árboles gruesos. Las dos primeras de uno y otro lado, serán la de la derecha de Jacinta, y la de la izquierda de Rosalta y su hija Gertrudis. Despues de ellas se verá un Campamento con muchas tiendas, y à lo último vista de Mar, y à un lado parte de las murallas de Barcelona.

Sale Jacinta de su barraca esperezandose, y bostezando, como que acaba de levantarse.

Jac. **A**UN no sé si estoi despierta, ¡Jesus qué pesado sueño! *bosteza.*
¡Qué torpe estoi todavia! *se espereza.*
Mas los agradables ecos de las cajas y los pitos saludan al Alba. ¡Bueno!

A fuera pereza, y para despertar cantemos.
Canta. Si à la luz del dia tributan su obsequio las aves cantando, las flores luciendo, sean bien venidos sus puros reflejos, y el Criador bendito que le hizo tan bello.

Al concluir saca la mesa à la puerta de la barraca, y sale de la suya Gertrudis.

Gert. Jacinta, felices días.

Jacinta. Gertrudis mia, mui buenos te los dé Dios. ¿Tan temprano levantada?

Gert. Amiga, el sueño me venció: hoi no he podido, como otros muchos lo he hecho, salir primero que tú à disponer los efectos que nuestra industria previene para vender, y lo siento.

Jacinta. Pues hija no debes creer que en mí ha sido virtud esto; sino porque como ya estamos en el momento de la retirada, y crece el consumo en tanto extremo de los víveres en ella, he madrugado por traerlos de la Ciudad. Mi Felipe me lo encargó así, y no quiero venga de la Guardia, y me halle aquí, pues sabes su genio, y así, Gertrudis, te encargo que mientras él viene, ò vuelvo, me cuides de mi barraca. A Dios amiga hasta luego. *vase.*

Gert. El vaya contigo. Ya es ora de que llamemos à mi pobrecita madre, para que traiga à este puesto la provision necesaria. *(en accion de irse.)* Pero à Jacinto no advierto en todos estos contornos. ¡Ah, qué poco sus afectos corresponden à las ansias con que se inflama mi pecho! ¿Pero qué he de hacer? paciencia, y à mi madre despartemos.

Se entra en su barraca, y sale Felipe, Tambor, fumando un cigarro, y con el sable debajo del brazo.

Felip. Ya es de dia claro, y las cajas

han cesado. Yo contemplo que habrá yá ido mi muger à traer los estupendos licores que la encargué, y que no vendrá tan presto. Así veré si consigo hablar un rato en secreto con la señora Gertrudis, que ha días que lo deseo; pues solícito me diga *(que es el encargo que tengo de mi Coronél)* à qué hora estará sola, pues creo quiere venir disfrazado amante, y con muchos pesos, à poner sitio à esta Plaza, aunque inutil lo contemplo. El bueno del Señorito está por ella muriendo; como nuestro General no tiene otro hijo, por esto le consiente demasiado, y es tan calavera. Pero à otra cosa vamos. El papel que yo represento no es adecuado à un Tambor del nombre, y fama que tengo. Mas hai plata y proteccion, y el adagio verdadero asegura, que en un saco no caben honra y provecho. Verdaderamente, ¿qué es el honor sin el dinero? A mí me parece que es como quien adorna à un muerto de un esquisito vestido, que no tiene lucimiento. Solamente en este caso me es mui sensible el mal tercio que resultará à mi amigo Jacinto, pues segun creo, pretende unirse à Gertrudis con el lazo de Hímeneo: y si es que llega à entender mis buenos oficios, pienso que ha de haber porrazo. ¿Y qué? solo puede parar esto

en darnos quatro sablazos,
y es factible que con ellos,
el uno, ò los dos salgamos
de los cuidados molestos
que hai en nuestra religion,
quando se quiebra un precepto.
Pero aqui Gertrudis saie,
quiero entablar mi proyecto.

*Sale Gertrudis de su barraca, y pone à su
puerta una mesita, y sobre ella vasos,
botellas, pan, y un plato con
torreznos.*

Gert. ¿Señor Felipe? Buen dia:
¿tan temprano? ¿Cómo es eso?

Felip. Hasta cerca de las tres
de la mañana, leyendo
estuve, hermosa Gertrudis.

Gert. ¿Cómo? Yo estaba creyendo
no sabiais leer.

Felip. Si es de pluma,
ò molde la letra es cierto;
pero ninguno me gana
en el libro en que yo leo,
porque en sus quarenta folios
soi diestrisimo.

Gert. Yá entiendo:
habeis estado jugando.

Fel. Y he perdido.

Gert. Pues lo siento.

Felip. Eso no importa. Lo peor
es, que ahora me estoi durmiendo.
Ha, ha. ¿Pero mi Jacinta
ha salido?

Gert. Yá hace tiempo,
que fue à buscar los licores
à la Ciudad.

Felip. Eso mesmo
la encargué anoche.

Gert. Mi madre
tambien ahora debe hacerlo,
que acabando de vestirse
está.

Felip. ¡Qué lance tan bueno
para la idea, pues queda
sola en la barraca! Creo
bella Gertrudis que no

vendrá mi muger tan presto,
por lo qual usted es fuerza
me haga un favor.

Gert. Yo deseo
servir à usted.

Felip. A un amigo
hoi convidado le tengo;
con que ínterin que le traigo
disponga usted un almuerzo
regular; pero no falten
quatro botellas de Pedro
Ximenez, y Malvasia
esquisito; que en habiendo
esto de más, la comida
no importa que esté de menos.

Gert. Todo lo tendrá usted pronto,
y aseado.

Felip. Yo lo agradezco;
traeré aqui à mi camarada,
y un buen rato pasaremos.
Voi à que mi Coronél *d parte.*
no pierda este lance. Buelvo:
A Dios Señora Gertrudis. *vase.*

Gert. Guarde vuestra vida el Cielo.

Sale Rosalta. Hija mia aún es temprano:
y aunque hacen falta, tenemos
víveres; mas dí, ¿con quién
hablabas? porque yo creo
que antes de que yo saliese
alguien aqui habia.

Gert. Es cierto:

Felipe, nuestro vecino,
me ha dicho que haga un almuerzo
para él, y otro Camarada.

Rosal. No sabes bien lo que siento
que ese hombre te hable con tanto
cuidado, y tan grande anhelo;
pues me parece, hija mia,
que el Alba madruga menos
que él para solicitarlo,
y suelen venir los riesgos
de tal modo disfrazados,
que no es facil conocerlos.

d parte. Gert. ¿Pero qué causa teneis,
madre, para esos rezelos?

Rosal. Yo he visto y notado, que
mira con bastante afecto

su Coronél nuestra pobre Barraca ; y tambien observo, que el favor, y proteccion que ha logrado en tanto extremo Felipe con este Gefe, encierra mucho misterio.

Tú eres joven, hija mia; te ha dado piadoso el Cielo belleza y prendas amables; y estos favores contemplo son otros tantos contrarios que combaten nuestro sexó tan débil, si la virtud

no es constante en mantenerlo.

Gert. Usted dice mui bien, madre; mas persuadirme no puedo à que Felipe à su dicha aspire por unos medios tan indignos, mayormente tan íntimo amigo, siendo de mí querido Jacinto; y su muger no lo es menos de nosotras.

Rosal. La esperanza, y el interés, siempre fueron los que hicieron vacilar los mas sólidos talentos. No hai honra, no hai amistad, que el poder, y el valimiento no coniga adulterar para lograr sus deseos. Nuestra infeliz situacion me aflige y causa tormento; no por la escasez de nuestra suerte contraria, que llevo resignada, sino por el despotismo tremendo con que un poderoso logra avasallar al pequeño.

Gert. ¡Ah, madre querida! Nada solicito, nada quiero mas, que venerar à usted, y vivir siempre en el seno de su paternal amor, y si consigo, sin que à estos vínculos falte, el sagrado lazo, que me una al objeto

de mi amor, à mi Jacinto, ¿qué fortuna, qué contento podrá compararse al mio, quando ha tres años que se ha hecho acreedor al dulce amor de usted, sirviendola atento, y respetandola como el hijo mas dulce, y tierno?

Rosal. Mui bien dices, hija amada; yo de tu sencillo afecto à Jacinto juzgo digno; y si le he dicho que quiero que duren las esperanzas de sus lícitos deseos, hasta que la retirada llegue de este Regimiento, no ha sido por retardarle con tu mano el justo premio que su honradez, virtud, y valor merecen. Mi intento es poderme cerciorar de su hidalgo nacimiento en el Reino de Aragón, como ha dicho; pues sin esto sería imposible fuera tu esposo; porque pretendo que aquel que lo haya de ser corresponda por lo menos, no à tu presente desgracia, sino à tu merecimiento.

Gert. Señora, y amada madre, yo he notado, yá hace tiempo, que quando usted de esto me habla, con un mudo sentimiento lamenta un secreto, y grave pesar que la hiere el pecho, y la aflige. Sepa yo la causa de este misterio, que si no puedo aliviarla, sentirla, Señora, puedo.

Rosal. Sí, hija mia; determino manifestarte el secreto que he tenido sepultado en mi corazon. Resuelvo, que para que à tu instruccion, à tu aviso, y escarmiento contribuya, descubrirte

mi alma. ¡No, no estrañes estos
amargos suspiros! No
este llanto, y este exceso
de vergonzoso rubor,
que me usurpan los acentos;
porque son como preludios,
ò como exórdio funesto
de la tragedia que voi
à expresarte. ¡Oh justos Cielos!
Atenta escucha à mis voces,
si es que articularlas puedo.

Gert. Pues hagalo usted por Dios.

¡Yo no sé lo que mi pecho *à parte.*
interiormente me dice!

Diga usted, que yá la atiende.

Ros. Yo, amada Gertrudis mia, (*mirando*
soi la infelice: :: (*llora.*) (*antes à to-*

Gert. ¿Qué es esto? (*das partes.*
Prosiga usted.

Rosal. ¡Ah, hija mia!

¡Déjame que tome aliento;
porque al decirte quien soi,
destroza el dolor al pecho!
Yo soi la infeliz Condesa (*como antes.*
de Villa-Serna.

Gert. ¡Qué extremo *mui alegre.*
de gozo percibo! ¡Ay Dios!
Proseguid.

Rosal. Ese contento
le cambiarás en dolor,
hija querida, mui presto.
Condesa de Villa-Serna
nací. Consiguí mi abuelo
este título à su vuelta
de América, como premio
de los notorios servicios
que contrajo en un Gobierno.
En Castilla estableció
su casa, en el mismo suelo
en que vió la luz primera,
que fue en la Villa de Olmedo,
adonde murió, quedando
mi padre por su heredero.
Murió mi madre tambien;
y despues de tan funesto
golpe para mi desgracia,
este mismo Regimiento

à que estamos agregadas,
llegó à mi lugar. ¡Ah Cielos!
¡Quién antes de esta desdicha
por fortuna hubiera muerto!
Su Coronél, que era un joven
mui amable, y mui discreto,
por cierta correspondencia
amistosa que tubieron
mi padre, y el suyo, ¡ay Dios!
vino à mi casa de asiento
con sus criados, y equipage.
Yo contaba en aquel tiempo
diez y siete años cabales.
La naturaleza, en medio
de tan tierna edad, me dió
mas que mediano talento;
tal vez para que con él
hiciese un uso perfecto
de la hermosura con que
me favoreció en extremo;
que así la llamaban quantos
con amor rendido, y tierno
aspiraban à mi mano,
que eran muchos; mas entre ellos,
el Coronél consiguió
la preferencia en mi afecto.
Correspondi à sus rendidas
expresiones; y en efecto,
bajo de los mas solemnes,
mas sagrados juramentos,
y mas constantes promesas
de ser mi esposo: :: ¡No puedo
explicarte mi desgracia
sin morir! En el silencio
de una noche coroné
con la posesion su anhelo
amoroso. Yá lo digo.
¡Sabe Dios cuánto lo siento!

Gert. ¿Y qué despues faltó infiel
à su palabra, y à vuestro
honor?

Rosal. Sí, hija mia; todo
lo abandonó. El Regimiento
partió para Cataluña,
y él le siguió: dejó en premio
de mi delincuente amor
el fruto que desde el seno

de mis entrañas mostraba
 ser, si inocente, el mas cierto
 testimonio del delito
 que comió mi amor ciego!
 ¡Tú fuiste éste, infeliz hija
 (el dolor rompe mi pecho)
 de esta desgraciada madre,
 que solo vive muriendo!

Gert. Señora, y madre querida,
 no dé usted al sentimiento
 lugar para que arrebate
 su vida, que tanto aprecio.
 Y dígame usted, ¿por qué
 no le reconvino luego,
 ó qué excusas para tanta
 infamia dió ese à quien debo
 el sér? ¿Y cómo ha venido
 usted à este tan adverso
 destino, que tanto dista
 de su crianza, y nacimiento?

Rosal. Todo te lo explicaré,
 porque sirva à tu escarmiento.
 Finalizada la marcha
 le elevaron à otro empleo.
 Yo le escribí várias cartas,
 diciendole por extenso
 mi situacion infeliz,
 pero todas sin efecto.

Gert. Puede ser que arrepentido
 à buscaros haya vuelto.

Rosal. No, Gertrudis mia, pues
 comandando en Gefe un tercio
 de Tropas, supe pasó
 à Italia; y despues, haciendo
 diligencias por saber
 su estado, y su paradero,
 acabé de completar
 mi desgracia.

Gert. ¿Y qué suceso
 fue la causa?

Rosal. ¡El inhumano
 casó en Italia!

Gert. ¡Tremendo
 pesar, Señora! ¡Ahora sí
 que mi dolor es inmenso!

Rosal. ¡Sí, hija mia: se casó
 el ingrato, le dió el Cielo

un hijo, y de mí jamás
 se volvió à acordar! Yo viendo
 mi desdicha quise darme
 una horrible muerte; pero
 al contemplar inculpable
 de aquel criminal exceso,
 y perjura Ingratitud,
 se estremecía mi pecho.
 A este cúmulo de males
 se siguió la muerte presto
 de mi padre. En un estado
 tan vergonzoso, y adverso,
 vendí mal toda mi hacienda,
 y humilde trage vistiendo,
 acompañada de un criado
 fiel, y anciano, salí luego
 fugitiva de mi Patria,
 sin llevar destino cierto;
 queriendo ocultar así,
 de todos aquel defecto.

En esta violenta fuga,
 y en los brazos de Lorenzo
 (nombre del criado) saliste
 al mundo, donde el perverso
 bárbaro autor de tu vida,
 subsiste, segun entiendo;
 bien que de él no tube mas
 noticia en todo este tiempo.

A los tres años murió
 mi criado; y este pequeño
 alivio que me faltó,
 duplicó mi sentimiento.
 Con que yá sola del todo,
 desconocida, y sin medios,
 pues mi peregrinacion
 apuró todo el dinero
 que de mi casa saqué;
 para buscar mi alimento,
 y el tuyo, me ví obligada
 à seguir este grosero
 estadó de Vivandera,
 y me agregué à un Regimiento,
 que marchó à Italia tambien,
 habrá tres meses lo menos;
 por lo qual me incorporé
 à éste, que partió al momento
 à acamparse en Barcelona

con otros, porque temiendo nuestro Gran Felipe Quarto, (cuya vida guarde el Cielo) que el Christianísimo Rei destinára sus esfuerzos contra Barcelona, quiso prevenir para este riesgo sus Tropas; y yá ha dos meses que estamos aqui, por cierto que al General que aqui vino entonces, el que hoi tenemos, que es Marqués de la Colina, y tambien padre de nuestro Coronél, mudó, hace poco, y aun no he conseguido verlo; pero parece, à Dios gracias, que fue aquel rumor incierto, ò que nuestro invicto Rei, y el de Francia se han compuesto, pues vino orden de marchar alzando el acampamento; como yá se ha principiado por algunos Regimientos; y de un instante à otro aguardan que mande partir al nuestro el General. Esta es hija mi historia infausta. El recelo que de este Coronél joven me asiste, mi pecho ha abierto para que la sepa, y haga cierto tu temor, sabiendo que otro joven Coronél causó la ruina, el tormento, è infelicidad eterna, que lloro, gimo, y padezco.

Gert. ¡Ah, madre querida mia! ¡Con qué infamia, y à qué precio tan vil, llegué à recibir la triste vida que aliento! ¡Qué cara me cuesta, y cuánta virtud, y constancia debo unir à mí, para que se confunda el vituperio que heredé infelice, aun antes de mi nacimiento!

Rosal. ¡No me aflijan mas, Gertrudis, tus fundados sentimientos!

Y pues yá estás enterada de nuestra afliccion, yo espero resulte en tu beneficio. Queda con Dios, que al momento voi por los viveres que requiere nuestro comercio tan triste, y tan desgraciado. Estas lágrimas no puedo contener. A Dios. *vase.*

Gert. El vaya con usted. ¡Qué sentimiento me asiste! ¡Quántos pesares siguen à un delito! Pero ¿por qué razon, por qué causa debe tambien padecerlos quien no concurrió à causarlos, quedandose el verdadero delincuente sin la pena de su traicion? ¡Justos Cielos, cuánto ignoramos de aquellas razones, que allá en el seno de tu justicia infinita nos ocultas! ¡Mas qué advierto! La patrulla aqui se acerca, y mi Jacinto. ¡Qué extremo de gozo al mirarle esparce en mi corazon mi afecto!

Sale el Sargento con quatro Soldados de Patrulla, siendo uno de ellos Jacinto.

Sarg. Tenga usted felices dias, Señora Gertrudis.

Gert. Buenos, à usted, y à la compañía honrada, Señor Sargento, se los deseo.

Los Sold. Señora, hermosa, lo agradecemos.

Gert. Ahor mismo acaba de ir à la Ciudad por efectos para nuestra provision mi madre, y quedé sintiendo verme sola; con que en vér à ustedes aqui, me alegro.

Sarg. Usted puede por sus gracias naturales, por su aseo,

y por prenda destinada
à nuestro buen Compañero,
y Camarada Jacinto,
persuadirse à que en efecto
somos sus apasionados,
que servirla apeteecemos.

Gert. Yo estimo tanto favor.

Sold. 1. ¡Qué muchacha!

2. ¡Es un portento!

3. La Reina de las hermosas.
¡Mirad qué cara, y qué cuerpo!

Jac. Yo doi à usted muchas gracias
por la fé, Señor Sargento,
con que me distingue. A usted
nada que decirla tengo,
porque si mi corazon
respira por vuestro aliento,
yá se vé que habeis de ser
de mi propia vida el Centro;
y pues os adora mi alma,
¡qué han de explicar mis acentos!

Gert. Yo estimo à usted su fineza.

Si hablo de amor me avergüenzo. (*ap.*)

Si yo pudiera explicarle
todo aquel que le profeso,
tampoco creo cupiera
en la expresion. Lo confieso.

1. Un modo de enamorarse
como éste, siempre fue opuesto
à mi gusto.

2. Por qué?

1. Porque
se gasta en voces el tiempo.
Hablar poco es lo mejor.
Yo de este modo me entiendo.

Sarg. Vaya, Señora Gertrudis,
usted nos hará el obsequio
de sacarnos dos botellas
de aquel vino bien añejo
Catalán, y à su salud,
yá que yá llegó el momento
de concluirse esta Campaña,
con gusto las beberemos.

2. ¡Qué agradable diversion!

1. ¡Es gallardo pensamiento!

Gert. Voi por ellas al instante. *se entra.*

Sarg. Las armas aqui dejemos,

y tendremos este rato
alegres. Sentarse.

Todos. Bueno. *se sientan al rededor de la*
Jac. Mi Sargento, ¿con que yá (*mesa.*)
ha dado el General nuestro
la orden para retirarnos
en esta noche?

Sarg. Es muy cierto;
me lo ha dicho el Ayudante;
y yá se están disponiendo
en las Compañías todo
el menage. Mas yo creo,
que esta noticia es à usted
muy agradable en extremo.

Jac. Es constante; porque así
lograr mi licencia espero,
y asegurar aquel fin
tan dulce, à que tanto anhelo.

Sarg. Unirse con la Señora
Gertrudis: ¿no es verdad esto?

Jac. Si Señor, está tratado
hacer nuestro casamiento
apenas de aqui salgamos.
Ved, pues, si ocupará el seno
de mi corazon, tan dulce
novedad.

Sarg. Sí, yo lo creo. *sale Gertrudis con*

Gert. Aqui está el vino. (*las botellas.*)

Sarg. Usted debe
echarnosle, porque entiendo
que el contacto de sus manos
hermosas le hará mas bueno.

Gert. ¡Qué lisonjás! Serviré
à ustedes con todo afecto.

Jac. Esta noche, mi Gertrudis,
marcha nuestro Regimiento.

Gert. ¡Ay Dios! Qué me dice usted! *llena de*
¿Es verdad, Señor Sargento? (*gozo.*)

Sarg. Esta noche, sí Señora;
pero ese es mucho contento.
Eh no es extraño, las bodas
siempre causan este efecto.

Gert. ¡Ah, Jacinto mio! Yá *à parte.*
mi bien le miro completo.

Jac. ¡Aplauda amor mi ventura!
¡Mas ay! ¡Qué en vano pretendo *ap.*
olvidar el haber visto

à mi Coronél!

Sarg. Supuesto,
Señor Jacinto, que usted
no prueba el vino, al momento
lleguese à la Prevencion, *(le dá un papel.*
y dé este parte, en que expreso,
que no ha habido esta mañana
novedad alguna: luego
podrá marchar à su tienda
à descansar, que mui presto
iremos tambien nosotros.

Jac. Siempre gustoso obedezco. *Toma el*
A Dios, Señores. A Dios, *(fusil, y lle-*
hermosísimo embeleso *(ga à Gert.*
de mi corazon. *Gert.* Que no
tarde usted mucho le ruego.

Jac. No, bien mio, y entre tanto
à tus pies rendido dejo
este amante corazon,
que halla solo en tí su centro. *vase.*

Gert. Yo gustosa le recibo.
¡Qué galan es, y qué atento!

Sarg. Vaya muchachos, hagamos
à este licor puro y bello,
nuestro saludo, cantando
unas coplitas.

Todos. Cantemos.

Echan vino en los vasos, los reparten, y à
la repeticion del coro de todos, tocan
con los vasos, y beben.

Canta Sold. 1. Los Soldados valerosos,
fenecida la campaña,
mas aplauden las conquistas,
que estiman las retiradas.
Viva la gloria de Marte,
viva el honor de las Armas.

Todos. Viva la gloria de Marte, &c.

Sarg. Viva: Señora Gertrudis
por vuestra salud.

Todos. Lo mismo
decimos todos. *beben.*

Gert. Yo estimo
vuestros atentos obsequios.

Sarg. ¿Lo estimais? Pues echa vino,
y la botella apuremos:

A su salud.

Todos. Repetimos, *beben.*
viva de Marte el aliento. *despues de be-*

Sarg. Pues se concluyó el licor, *(ber.*
alon: las armas tomemos,
y mientras que nos releban
daremos otro paseo.

Gert. Que sea en las cercanias
de mi barraca. *Sarg.* Os lo ofrezco.
Tomad, que yo pago, y quiera, *la dá*
Gertrudis hermosa, el Cielo, *(una mo-*
que se emplee vuestra belleza *(ndea.*
con el que amais.

Gert. Lo agradezco.

Sold. 1. Y que deis à vuestra madre
una docena de nietos. *vanse.*

Gert. Para Felipe, y su amigo
disponer quiero el almuerzo.
¡Ah, Jacinto mio! En breve
esposo llamarte espero.

Se entra, y sale Jacinto agitado.

Jacint. Gertrudis: : Adentro está.
¡Valgame Dios, qué tormento
me confunde! ¡Qué ansias crueles
se apoderan de mi pecho!
¡Felipe:: no me he engañado,
y el que le acompaña, creo
que se dirigen aqui!
¡Qué bien fundé mis recelos!
¡Gertrudis, Gertrudis!

Sale Gert. ¿Quién
me llama? ¿Pero qué veo?
¿Qué es lo que tienes Jacinto,
que tan turbado te advierto?

Jacint. Degé el parte, y el fusil,
y à verte, mi bien, bolviendo
he visto que se dirige
Felipe el Tambor *(yo tiemblo!)*
con otro aqui.

Gert. Si, es verdad;
me ha encargado que un almuerzo
para él, y su Camarada
les tubiese.

Jacint. ¡Cruél tormento!
¡Ah Gertrudis, tu virtud,

y tu inocencia están lejos
de conocer la malicia
de Felipe! Yo comprendo
que al que le acompaña, tú
no conoces.

Gert. No por cierto.

Jacint. Pues es:— *Gert.* Quién?

Jacint. Mi Coronél,
que à verte viene encubierto.
Yo ayer mañana le ví
acechando ácia este puesto;
me detuve; con Felipe
estubo hablando en secreto,
y à tu barraca miraban;
y pues hoy buelve, recelo
que no puede ser el fin
que traiga, Gertrudis, bueno.

Gert. Pero ¿qué fin puede traer,
que no sepa contenerlo
mi estimacion, y constancia?
Me ofendes si dudas esto.

Jacint. ¡Ay Dios! Ya los dos se acercan,
y esconderme aquí no puedo
sin que sospechen. Me voi;
pero apenas lleguen buelvo,
y oculto detrás de ese arbol,
tendrás mi favor, si hai riesgo.

Gert. Dices bien, Jacinto mio,
retirate, y te prometo,
que sea mi resistencia
su confusion, y escarmiento.

*Vase Jacinto por detrás de la barraca, y
salen el Coronél, disfrazado con un ves-
tido chambergo pobre, y sable, y
Felipe como antes.*

Coron. Como algo distante está
en varios acampamentos
nuestra Tropa dividida,
y es tan temprano, me atrevo
à venir de esta manera
disfrazado; pues comprendo
que no podran por aquí
conocerme.

Felip. Eso es mui cierto;
pero allí está nuestra moza,

lleguemos à ella.

Coron. Lleguemos.

Buenos dias Señorita.

Gert. Bien venidos Caballeros.

Felip. ¿No ha venido mi muger?

Gert. No Señor.

Felip. Yo lo celebro.

à parte.

¿Ni vuestra madre?

Gert. Tampoco;

y en verdad que lo deseo.

Coron. Por qué?

Gert. Porque me hacen falta
las cosas de que carezco,
y fue à comprar su merced.

Coron. Nada puede echarse menos
donde vuestra peregrina
belleza está, que en efecto
la mas hidrópica vista
se satisface con veros.

Gert. Las lisonjas no me alteran,
porque sé lo que merezco.

El Coronél es. ¡Dios mio *à parte.*
asistidme en este empeño!

Coron. Hermosísima Gertrudis,
las verdades jamás fueron
lisonjas. Yo te aseguro
por esa nieve, que incendios
ocasiona en mi rendido
corazon::— *vá à tomarla la mano, ella*

Gert. Esos estremos, *(se retira.*
Señor Soldado, contenga,
pues tales atrevimientos
no se permiten en esta
bumilde barraca.

Felip. Es cierto;
pero esto ha sido una chanza;
traiga usted vino al momento,
y los mejores bocados,
que oros son triunfos.

Gert. Por ello
voi al instante. ¡Ay Jacinto, *à parte.*
tu situacion compadezco!

Coron. Felipe, ¿qué me sucede?
Yo me abraso al vivo fuego
de sus ojos.

Felip. Pues Señor,
lo que à Usia sobra es tiempo

para chamuscarse. Ahora contenerse es lo primero para que no desconfie la muchacha, que en extremo es honrada, con que Usia disfrace bien su ardimiento, y sus expresiones, como el traje que le ha encubierto.

Coron. Yo no sé cómo podré observar esos preceptos; mas yá buelve.

Salé Gertrudis con cuchillo, otras botellas, y servilleta.

Gert. Aquí está el vino. *(las botellas.*

Felip. Venga que eso es lo primero. *toma*

Cor. Yo tambien quiero ayudarte. *vá á to-*

Gert. Perdonad, no lo consiento; *(mar la* pues mi obligacion, y oficio *(servilleta.* es servir con todo afecto á los que vienen á honrar mi humilde barraca: buelvo. *seentra.*

Coron. ¡Qué graciosa es, y qué viva!

Felip. Su viveza es mucho cuento.

Puede arder en un candil la muchacha: desde luego si fuera posible hacer un cambio, diera al momento por ella mi muger propia, y el pré de un mes. Mas yá advierto que buelve, sentemonos, y este licor probaremos.

Se sientan. Felipe bebe, y sale Gertrudis con dos vasos, que pone sobre la mesa.

Felip. Qué viene aquí? *Gert.* Fricasé de despojos de Aves. *Felip.* Pero qué aves son? tipples, ò bajos?

Gert. De gallinas.

Felip. Esto es bueno.

Y en este plato ¿qué viene?

Gert. Unas manos de carnero.

Felip. ¡Qué fortuna de animal!

Venir á parar sus huesos

en que se los chupe yo.

¡Quando lo pensáran ellos!

Mas vamos echando un trago á la salud del perfecto, y eficaz poder de amor, que sabe rendir los pechos. *bebe.*

Coron. Eso es justo; mayormente quando es brindis en obsequio del mérito peregrino de esta niña: este embeleso de mi amor: eche usted vino, *della, que* y tú canta mientras bebo. *(lo hace.*

Felip. canta. Pues todo lo avasallan las flechas del amor, viva de la hermosura el triunfo superior.

Coron. Viva, y viva mi Gertrudis, que ha logrado de mi pecho el triunfo, rindiendo todas mis potencias.

Felip. Yo me alegro de que haya alcanzado esta niña tal merecimiento.

Gert. Con el permiso de ustedes.

Coron. Espera solo un momento; porque mientras mas te miro mas en dulce amor me enciendo.

Felip. Está este caparazon que puede chuparle un muerto. Bebamos. *lo hace.*

Coron. Toma la paga *la dá un doblon de* de este delicado almuerzo. *(á ocho.*

Gert. Señor, yo no tengo cambio.

Coron. Tomale, que nada quiero.

Gert. Perdonad: ¿Un doblon de á ocho no veis que es mucho dinero? Felipe le cambiará, y me satisfará luego. *le deja sobre la* Quedaos con Dios. *vase. (mesa.*

Coron. Voi tras de ella por si á mi alhago la venzo. Ten cuidado si alguien llega, y avisa. *se entra.*

Felip. Pero antes bebo: tomemos esta onza de oro, y ahora otro traguito echemos. *bebe.*

Jacinto se deja ver detrás del árbol.

Jac. Sagrados Cielos, qué he visto!
¡El Coronel se fue adentro
siguiendo à Gertrudis! ¿Cómo
à este mal dará remedio?

Felip. Mas quiero yo dar à un vaso
lleno de buen vino un beso,
que hacer un cariño à una
muchacha. Mas ya me he puesto
capáz de batirme solo *se levanta bor-*
con un Egército entero. *(racho.)*

En siendo General, que
segun los pasos que llevo
no discurro tarde mucho,
à fé de quien soi prometo
dar cada dia al Soldado
quatro quantillos y medio
de buen vino, y al Tambor
media arroba, pues con esto
será mi tropa la mas
valiente del Universo.

Jacint. Mucho tarda el Coronel,
y resistir mas no puedo. *sale.*

Felipe, el Cielo te guarde.

Felip. Ola ¿Jacinto qué es esto;
tú por acá? Ven à echar
un traguito. **Jac.** Lo agradezco.

Felip. Vén, y muerase la muerte.

Jac. No sabes que no lo bebo?
Del tercer batallon eres.

Felip. Y qué tenemos con eso?

Jac. Que te acomoda mui bien
el oficio de tercero.

Felip. Eso es llamarme alcahuete,
aunque lego bien lo entiendo.
Dame aqui satisfaccion
con el sable. *le saca con mucho trabajo.*

Jac. No te encuentro
capáz de reñir ahora;
puede lo estés en durmiendo.

Felip. Vive Dios te despanzurro,
si no riñes al momento. *vá acia Jacinto.*
Pero tropecé y caí. *(y cae.)*

Sale Jacin. Ay mi marido! ¿Qué es esto?

Jacint. Las acciones tan indignas
de tu marido, contemplo

que la muerte merecian;
pero estar como le advierto
ha podido contenerme.

Jacinta. Pues ha sido mui mal hecho,
que à un picaro se castiga
como quiera que esté.

Felip. Es cierto;
sobre que me quiere mas
mi muger que yo la quiero.

Jacinta. Vén, picaro, à la barraca
à dormir el lobo. *levantandole.*

Felip. Pero,
muger, si me arrempujaron,
dime, ¿yo qué culpa tengo?

Jacinta. Quándo te arrempujarán
los Diablos en el Infierno?

Felip. Dame, por Dios, hija mia
otro traguito.

Jacinta. Un veneno. *se lleva à la barraca.*

Jacinto. Ni escucho ruido, ni salen.
Mas yá venir los advierto.
La misma barraca sea
quien me oculte. ¡Cruél tormento!

*Se oculta detrás de la Barraca, y sale
Gertrudis huyendo del Coronel.*

Coron. Deteneos vida mia.

Gert. Yá he dicho à usted que primero
la vida sabré perder
que faltar pueda à lo honesto.

Coron. En tus manos solicito
jurarte mi amor sincero.

Jacinto. Fuerte lance!

Gert. Pues mi mano, *le toma de la mesa.*
y este cuchillo en mi pecho
abrirán puerta por donde
dar pueda el ultimo aliento,
si no os conteneis. **Coron.** Tus iras
con mi fino amor desprecio. *vá à ella.*

Gert. No hai quien me socorra?

Sale Jacinto. Sí.
Dese usted al punto preso,
señor Soldado.

Coron. De qué orden?

Jacinto. De orden del Rei, que asimesmo
por sus Reales Ordenanzas

lo manda en casos como estos.
Coron. Sabes quien soi?
Jacin. Un Soldado
 como yo no mas. No veo
 en vos otra insignia: os hallo
 violentando el honor terso
 de esta infeliz, que el amparo
 pide à su ultrage; y procedo
 como el Rei, y mi honor mandan,
 su claro honor defendiendo.
Coron. Pues yo soi tu Coronél.
 ¿Me conoces? *le enseña la venera.*
Jac. Os respeto como à tal.
Coron. Pues vete al punto.
Jacint. Usia deme el egiemplo
 retirandose.
Coron. Te atreves
 à disputar mi precepto?
Jacint. El honor asi lo exige.
Coron. Pues asi enseñarte debo
 à obedecerme. *le dá un bofetón.*
Jac. Y yo asi *saca el sable, enviste, y el*
 he de quedar satisfecho (*Coronél se de-*
de esta injuria. (fiende.
Coron. Temerario qué intentas?
Jacint. Mi vituperio
 lavar con tu propia sangre.
Gert. Tente infeliz que te pierdo,
 y me pierdes para siempre.
 Señor, por Dios deteneos.
Coron. Ah de la Guardia! Acudid
 à este sitio.
Al ir Jacinto à dar un golpe al Coronél
con el mayor furor, sale el Sargento,
y su Patrulla.
Sarg. Pues qué es esto?
 ¡Mas qué miro! El Coronél:::

y Jacinto! Ola! Prendedlo.
 Rindete, ó mueres, Jacinto.
Jac. Que aún quereis negarme, Cielos,
 este alivio! Ya me rindo.
Da el sable, y le aseguran.
Gert. Ah Señor! Por Diosos ruego (*à él ap.*
 que en vuestro pecho oculteis
 un delito tan horrendo.
 ¡Compadeced mis suspiros,
 y mi llanto! *Coron* Nada atiendo.
 Atad luego à ese atrevido,
 y llevadle al punto preso *le atan.*
 à la Prevencion. La vida
 le ha de costar este exceso.
Sarg. No hai delito mas atróz
 que la falta de respeto,
 y de subordinacion.
Gert. Ay de mi! Cómo no muero!
Jac. No me consterna este estado
 tan desgraciado y funesto;
 no haberte dado la muerte
 solamente es lo que siento,
 porque asi satisfacía
 el insulto que me has hecho.
 Vamos, amigos, llevadme,
 que solo morir deseo.
 Y en suerte tan infeliz:::
Gert. En tan tirano tormento:::
Coron. En injuria tan atróz:::
Jac. Juro::: *Gert.* Aseguro:::
Cor. Prometo::: *Jac.* Que sea eterna mi fé,
Gert. Que sea mi amor eterno.
Coron. Y mi venganza horrorosa.
Jac. Porque fiel::: *Gert.* Fin:::
Coron. Y sangriento:::
Los tres. No pueda la misma muerte
 olvidar lo que deseo.

ACTO SEGUNDO.

Selva corta: el telon del foro será de tiendas de Campaña, habiendo una en cada bas-
tidor de los dos primeros, y sale Jacinta.

Jac. **D**urmiento queda su lobo
 el brivon de mi marido;
 y entre tanto yo curiosa

exâminar solícito
 à la parte que conducen
 al desdichado Jacinto.

Su culpa dicen que es grande;
y si acaso en este sitio
le detienen, no hai que hacer,
le pondrán al pobrecito
en el Consejo de Guerra,
y sin duda su peligro
será el mayor. ¡Qué dolor
me causa! Pero exámino
que es la que aquí se presenta
para su mayor conflicto,
la señora Rosalía.
Pues à darla me anticipo
la noticia, que aunque es mala,
que la sepa es mui preciso,
para ver si à tanto daño
buscar puede algun alivio.

Sale Rosalía con algunos cestos que manifiesten provision para su barraca.

Rosal. Jacinta, fuera de tu barraca, y en este sitio à esta hora! ¿Pues cómo es esto?

Jacinta. Amiga, me ha conducido aquí solo la desgracia de nuestro pobre Jacinto. *(do.*

Ros. Qué desgracia? Dila, acaba. *temblan-*

Jacinta. Una Patrulla me han dicho que echò mano al infeliz, y le ató; siendo el motivo haber sacado su sable contra el Coronél, que quiso à vuestra hija sorprender en su barraca. *Rosal.* Qué he oído!

Sale Gert. Ah madre mia! *corriendo, y se*

Rosal. Gertrudis, *(abrazo à su madre.* hija mia, di, ¿qué ha habido?

Gert. La mayor desdicha. Ese monstruo sangriento, ese impio Coronél del Regimiento de nuestro amable Jacinto insultarme pretendió; éste se opuso: atrevido el Coronél le injurió, precipitado, sin juicio, y ciego: à ofensa tan grave, tiró el sable vengativo

Jacinto: de él se defiende su rival: à su voz vino la Patrulla, y le mandó llevar preso, tan altivo, que ha jurado que sus dias acabará en un suplicio. Yo, temblando como veis, confundida, y sin destino, corro:: Mas yá le conducen! ¡Vedle madre! Cruel martirio!

Rosal. Huyamos, hija, de verle, à un extremo reducido tan funesto Yo no tengo valor para ello. El peligro à que está expuesto es inmenso, no perdamos los propicios momentos, que puedan darle todo favor, todo asilo.

Gert. Vamos, Señora, y si acaso librarle no conseguimos, muera Yo, porque la vida sin mi esposo no la estimo. *vanse.*

Jacinta. Por mas que quiera, tampoco esperarle en este sitio podrá la infeliz Jacinta. Yá le traen! Pintado miro el desconsuelo en su rostro! Qué lástima! Pobrecito! *vase.*

Salen el Sargento, y los Soldados que conducen à Jacinto arado.

Sarg. Entre ahí el reo: vosotros poneos de centinela, con el mas grande cuidado à la puerta de la tienda: Y vosotros arrimad las armas. Aquí me ordena *à parte.* el Aydante le traiga, y que espere hasta que él venga à traer otra orden: Todo esto, y tener nosotros hecha ya nuestra declaracion, huele à Consejo de Guerra.

Jacinto. Si el sangriento Coronél se valiese de la fuerza que en sí tiene la Ordenanza, y del furor con que alienta,

no hai remedio: esta infelice vida preciso es la pierda.
¡Justo Cielo, protegedme,
pues conoceis mi inocencia!

Le entran en la tienda, y se ponen los dos centinelas atravesando los fusiles en su entrada, los demás arriman las armas.

Sarg. Juzgo que al pobre Jacinto le llegó su hora postrera.
Abrir el ojo Señores. *à los Soldados.*
Cuidado con lo que expresan
las Ordenanzas, porque
al que las quebranta cuelgan.

Sale Rosalta, y Gertrudis mui agitadas.

Ros. Corre, hija mia, no creo que el Sargento nos detenga.

Sarg. Señoras, tenganse ustedes; ¿dónde ván de esa manera?

Gert. Señor Sargento, por Dios permita usted que nos vea el pobre Jacinto. Deje que acompañemos su adversa situacion, solo un momento. Esto espero nos conceda.

Sarg. No puedo decir à ustedes el tormento que me cuesta el no poderlas servir. Ustedes saben lo estrecha que es mi Religion, Señoras; la orden que yo tengo expresa es de que no hable con nadie, ni permita que le vean.

Gert. El buen corazon de usted discurro que si pudiera no me negára esta corta satisfaccion; mas mi queja se dirige à la crueldad de aquel que asi se lo ordena. Y aun estoi bien persuadida à que conspire su fiera barbaridad à quitarle la vida porque yo muera.

Rosal. El temor de ese peligro

mi corazon desalienta.

Sar. Ah Señoras! Con razon temeis esas consecuencias, porque apenas fue arrestado, el Coronél le dió cuenta à su padre el General, y al instante su Excelencia dispuso que se formase el proceso con aquella prontitud que en la campaña se estila, y se experimenta, y mayormente en el caso de retirada: con que estas disposiciones, y haber mandado se condugera hasta otra orden aqui al preso, claramente manifesta, que en aqueste mismo dia se hará el Consejo de Guerra, y se cumplirá tambien la sentencia siendo adversa.

Gert. Ay Dios! Ese cruel dolor mi corazon atraviesa.

Sale el Ayudante. Señor Sargento.
Sarg. Qué manda usted, mi Ayudante?

Ayud. Atienda esta orden. *hablan los dos*

Gert. Ay madre mia! *(à parte.*

Qué mal tan grande recela mi corazon!

Ros. No asi dejes que te domine la fuerza del sentimiento, esperemos de la sábia Providencia que ha de darnos, hija amada, remedio al mal que nos cerca.

Sarg. Bien está, quedo enterado de lo que aqui se me ordena.

Ayud. Conducidle en el instante porque ya el Consejo espera. *vase.*

Sarg. Voi à obedecer: Por Dios que esto vá con mucha priesa.

Rosal. Hai alguna novedad?

Gert. Sea próspera, ò adversa, por Dios nos la diga usted: Tened compasion de nuestra situacion! ¿Puede saberse

la orden? *Sarg.* No hai contingencia en declararla, Señoras:

Se reduce à que está ya hecha (pues en campaña estos casos con gran prontitud se llevan) la informacion, el Padrino nombrado, puesta la tienda en que debe celebrarse hoi el Consejo de Guerra: convocados los vocales, que preside su Excelencia, y despues el Brigadiér, y que me mandan que sea conducido al punto el reo, sin que permitirle pueda que le hablen en el camino: la orden, Señora, es esta.

Gert. Infeliz Gertrudis! *Ros.* Hija.

Gert. Yo fui la primera causa para que mi esposo su preciosa vida pierda. Ay Dios! Resistir no puedo el dolor que me atormenta.

Sarg. Qué lastima de muchacha! *ap.* ¡Me aflijo solo con verla!

Rosal. Hija no desperdiciemos el tiempo. Vamos apriesa à ver si el grande peligro de Jacinto se remedia.

Sarg. Sí Señora, el mejor medio es acudir con presteza al General: es benigno: tiene dadas muchas pruebas en el poco tiempo que hace vino à mandar su Excelencia, de que es sensible à los gritos de la humanidad: Se encuentra en su magnánimo pecho mui generosa clemencia: A ustedes escuchará tranquilo, y dandole cuenta de todas las circunstancias ocurridas: creo sepa con minorar el delito hacer mas leve la pena.

Rosal. Vamos hija, no perdamos los momentos que nos quedan.

Gert. Vamos, si me lo permite mi desaliento: la tierra que nuestro General pise sabré besar, porque ayenda mis dolorosos gemidos en favor de la inocencia. Por Dios pido à usted consuele à ese infeliz, pues me cuesta tantas lágrimas que pueden enternecer à una piedra. *vanse.*

Sarg. Lo haré: los portafusiles otra vez ustedes buelvan à ponerle; mas cuidado, pues aunque yo compadezca su situacion, son precisas todas estas diligencias, y por él no he de exponerme à perder yo mi cabeza.

Salen los Soldados, que conducen à Jacinto, atado, y asidos de los portafusiles: puestos los fusiles à la espalda, y con sable en mano.

Jacinto. En tan riguroso trance, Soberana Providencia, no abandoneis al que invoca vuestro favor y clemencia.

Se le llevan mui despacio, y por el lado opuesto sale el Coronel.

Coron. Ya al Consejo le conducen: mi venganza será cierta, pues no le movió su honor sino su vil pasion ciega. *Sale Gertrud.*

Gert. Mi madre corre à los pies (y antes del General: mientras llega (habla al quiero ver si en este cruel (bastidor. alguna piedad se encuentra. Señor::: *llega à él.*

Coron. Qué pretende usted?

Gert. Qué quiere Usia pretenda sino encontrar en su noble y fiel corazon clemencia? Yo solo, Señor, imploro el favor de su grandeza

para el infeliz Jacinto,
y aguardo sensible sea
Usía à la humanidad,
y à quien en su asilo espera.

Coron. Y encuentra usted que sea justo
el perdonar la insolencia
de un temerario, un malvado,
que à mí se atrevió? Pues piensa
mui mal, Señora; ese reo
es digno de que padezca
todo el castigo que impone
la lei à su inobediencia.

Gertrud. Y no puede disculparle
Usía su inadvertencia,
ò sea, en fin, su atentado,
reconociendo que aquella
poca libertad con que
procedió fue ligereza
de un primero movimiento,
que la ira causa ò engendra,
mayormente al contemplar
puesta en su rostro su afrenta?
Este amargo sentimiento
hizo que desconociera
la elevacion del ribal,
y hoi lo sentirá por fuerza:
con que, Señor, esta falta
de respeto, de prudencia,
y de subordinacion,
Usía, si bien lo piensa,
por su propia estimacion,
perdonarsela debiera.

Coron. Es verdad: la ira nacida
de una celosa vehemencia
debo perdonarla, es esto?
Pues no hallo arbitrio aunque quiera
para servirla, Señora:
en el Consejo de Guerra
las facultades están:
espere de su sentencia
el bien, ò el mal, pues mi asilo
de nada puede valerla;
además, que los que son
temerarios escarmientan
con el castigo. En efecto,
si usted quiere que interceda
por la libertad del reo,

corresponda à mi terneza
amorosa; pero noble,
llena de ardor, mas honesta;
y puede ser que mi influjo
haga que el reo no muera.

Gertrud. Tal se atreve à pronunciar
vuestra injusta, vuestra ciega
barbaridad! Justiciero
sumo Dios, ¡cómo no vengas
esta crueldad tan atroz,
y esta insoportable ofensa!
No, inhumano, no: primero
que à esa ignominia sujeta
me mire: primero que
falte de mi pecho aquella
heroica virtud de mi
constancia, mi esposo sea
inmolado en las tiranas
aras de vuestra inclemencia.
Y aun sea mi propia vida
à vuestro rigor expuesta.
Mas qué digo? No Señor;
vuestro honor, vuestra nobleza,
no es posible sean capaces
de querer que una vileza
pueda ser quien proporcione
el iris à la tormenta;
que remedios tan indignos
à enfermedades tan ciertas,
mas ofende al que los dá,
que al mismo que las padezca.

Coron. Hermosa Gertrudis, yo
favoreciete quisiera,
mas no puedo: del Consejo
tu bien, ò tu mal espera. *vare.*

Gertrud. Bárbaro, injusto, inhumano,
que abusas de esa manera
de tu sangre y nacimiento,
¡no te horrorizas, no tiembles
de proponer un delito
para salvar la inocencia!
Teme aquel justo castigo
que merece tu impureza.
Morirá Jacinto, sí,
será tu venganza cierta;
mas no habrá día, no habrá
instante en que tu conciencia

no te acuerde tu perfidia.
Se estampará de manera
su sepulcro en tu memoria,
que servirá de sangrienta
tortura que despedace
tu corazón, pues se niega
à la piedad. Este golpe
sufrirás, sí, pues mis quejas,
mis ayes conspirarán
contra tu perfidia; y estas
súplicas, que al Cielo envío,
quizá queden satisfechas,
padeciendo mientras vivas
males, sustos, ansias, penas. *vase.*

Se descubre una gran Tienda de Campaña con la posible magnificencia, estendiéndose hasta los bastidores, en la que ha de celebrarse el Consejo de Guerra: Hubrá una mesa en medio, y sobre ella el libro de las Ordenanzas, papeles, escribanía y campamilla: una rica silla en el lugar preeminente: otra en el mismo à su izquierda, y otra para los vocales. Salen el Brigadér, Sargento Mayor, Capitanes, el Teniente, que es Palrino, el Ayudante, y otros Oficiales.

Brig. Señores, en este caso insta la prisa, y estrecha la eficacia, pues el orden para marchar esta misma noche se nos ha intimado à todos por su Excelencia.

Sarg. Mayor. Las Ordenanzas previenen que la falta de obediencia, y respeto se castigue, y pues el reo se encuentra tan culpado, no debemos indultarle de la pena. Sin subordinación ¿cómo los Ejércitos pudieran subsistir? De la Milicia todo el fundamento es ella: trátase, pues, de esta causa.

Brig. No es posible hasta que venga el General, porque quiere

que se juzgue à su presencia; y yo llego à discurrir que le conduce à esta Scena lastimosa solamente un impulso de clemencia, porque como el ofendido es su hijo, pienso pretenda ver si por librar al reo, algun justo arbitrio encuentra; pero yá la marcha dice que ha llegado su Excelencia. *tozan*
Ayud. El es sin duda. *dentro marcha,*
Brig. Pues vamos *cajas y pios.*
à recibirle à la puerta. *(trañol)*
Sarg. May. Que presencie este acto es-

Pasan à recibir al Marqués, que sale con algunos Oficiales, y Criados, y estos se retiran.

Todos. Guarde Dios à Vuecelencia.

Marq. A Dios Señores: ¿Están todas las cosas dispuestas para este acto? **Brig.** Sí Señor.

Marq. Yo espero que quanto sea graciable sin quebrantar las leyes de la conciencia, ni de la ordenanza, al reo infeliz se le conceda; y pues el tiempo es muy breve para el Consejo de Guerra, tomad asiento: la causa se proponga, y se defienda, y confirmada al instante se egecute la sentencia.

Se sienta el Marqués en el lugar superior: el Brigadér à su izquierda, el Sargento Mayor à la derecha de la esquina de la mesa, y al otro lado el Teniente que hace de Palrino: los Capitanes, dos en cada lado: el Ayudante, y los otros Oficiales quedan en pie: habrá un banquillo allado derecho para el reo.

Marq. Hable el Mayor para que los demas hacerlo puedan

à su tiempo. *Se levanta, y dice:*
Surg. May. Ya obedezco. (*cubre para to-*
Las Ordenanzas enseñan (mar la venia,
 que es la subordinacion, (*se buelve à*
 quien forma la subsistencia (*sentar, y*
 de los Exércitos, y esto (*se cubre.*
 lo acredita la experiencia:
 al que à ella falte le imponen
 el castigo que la régia
 legislacion encontró
 por mui conveniente, y à esta
 disposicion no se puede
 faltar en la mas pequeña
 circunstancia: Esto supuesto,
 el reo que hoi se presenta
 à este Tribunal, lo es
 de una culpa tan horrenda
 como la de haber usado
 de arma contra la mesma
 persona del Coronél:
 asi lo afirma, y contesta
 la Patrulla que le puso
 preso, pues le vió con ella
 queriendole herir; y pues
 es por su naturaleza
 tan criminal, tan horrible
 este atentado, es bien tenga
 el reo el justo castigo
 que su atroz delito aprueba;
 y para su execucion
 no es facil se le conceda
 mas tiempo que aquel preciso
 que en campaña se dispensa
 para que se reconcilie,
 que asi muchos escarmientan.
Marq. Es verdad: à la Justicia
 se ha de dár la preferencia,
 mas por esto la piedad
 no es bien de vista se pierda:
 que aunque en el sumo Hacedor
 estas dos iguales sean
 en su infinita bondad,
 siempre parece supera
 de algun modo à la Justicia
 su soberana clemencia:
 con que asi, Señores, siendo
 el reo, segun me expresan,

un Soldado de valor,
 honrado, y que su prudencia,
 y espíritu ha acreditado
 en ocasiones diversas,
 atiendase à su delito,
 y à su merito se atienda:
 dónde está el reo? *Ayudante.*
Ayud. Señor, esperando à fuera.
Marq. Pues haced que éntre al momento.
 Qué obligacion tan tremenda!

*El Ayudante pasa al bastidor, hace señal,
 y sale Jacinto en chupa y casaca con la
 Partida que le conduce, la que se vá à la
 voz del Ayudante, desatandole
 antes.*

Ayud. Retiraos. *Marq.* Hombre infeliz,
 en ese lugar te sienta:
 tu atentado horrible escucha,
 y dá claras las respuestas
 à las preguntas que te hagan.
Jacinto. Inefable providencia,
 vuestra infinita bondad
 mi corazon fortalezca.
Marq. Juras à Dios, y à tu Rei
 no mentir en la materia
 en que seas preguntado?
Jacinto. Si lo juro; dura pena!
Brig. Cómo te llamas? *Jacinto.* Jacinto.
Brig. Tu apellido? *Jacinto.* Villanueva.
Brig. Y quando sentaste plaza
 fue voluntario, ò por fuerza?
Jacinto. Con toda mi voluntad.
Brig. Qué edad tienes?
Jacinto. Creo que llega
 à veinte y quatro años, no
 cumplidos. *Brig.* Di, de qué tierra
 eres? *Jacinto.* Soi de la Ciudad
 de Fraga. *Brig.* Y tomaste en ella
 plaza?
Jacinto. En Zaragoza.
Brig. Tienes padre?
Jacinto. Murió en la postrera
 campaña.
Brig. Y qué tiempo habrás
 que sirves?

Jacinto. Yá por mi cuenta
cumplí tres años.

Marq. Y qual
tu intencion, infeliz, era
quando contra el Coronel
faltandole à la obediencia
sacaste el sable? Sin duda
no quisiste hacerle ofensa.

Jacinto. No Señor, yo saqué el sable
para mirar satisfecha
la que él me hizo.

Marq. Cómo?

Jacinto. Cómo?
dandole muerte sangrienta.

Marq. De este modo ignorarias
las Ordenanzas, que enseñan
à respetar à sus Gefes,
pena de la vida. Es fuerza
que se haya pasado mucho
tiempo sin que te las lean.

Jacinto. Todos los días, Señor,
en la Compañía nuestra
un Sargento las leía,
y yo sé bien lo que ordenan.

Marq. Quizá que con la alegría
de que acabada se observa
esta Campaña, que marcha
tu Regimiento, y que llega
el momento de poder
à tu Patria dár la buelta,
algun licor beberias
que perturbó tu cabeza.

Jacinto. Ni vino, ni otro licor
que perturbarme pudiera
probé jamás.

Marq. Qué dolor! *à parte.*

El es el que se condena
mas que su propio delito:
no hai remedio; fuerza es muera.
Mira que nada respondes,
hijo, que te favorezca.

Jacinto. Quanto tengo que decir
he dicho yá.

Marq. Su entereza, *à parte.*
y noble semblante, que
acreditan su sincera
declaracion, me lastiman,

y el dolor mas me acrecientan;
pero no encuentro recurso
que su desgracia contenga:
hable el Padrino del reo.

Tenien. Solo al Consejo de Guerra (*se le-*
haré presente, Señor, (vanta y descu-
que jamás hubo una queja (*bre para*
de este Soldado en el tiempo (*hablar.*
que hace sirve, y por la misma
razon no tuvo tampoco
la reprehension mas ligera.
Que ha servido exáctamente,
distinguiendose en diversas
ocasiones entre todos,
como asi lo manifiestan
haberle herido dos veces
en las funciones que en esta
pasada Campaña ha habido.
Por lo que mira, y respecta
al descargo del delito
que se le nota, quisiera
para cumplir con mi oficio,
fundando bien su defensa,
que me la hubiera expresado;
pero queriendo saberla
de su boca, respondió,
que en el caso de tenerla
à esta Superioridad,
él mismo la haría. En prueba
de esta verdad, al Consejo
suplico, que le haga fuerza
para que declare quanto
à su defensa convenga.

Sarg. May. Ninguna puede tener
à vista de las respuestas
que él mismo ha dado al Consejo.
¿Y para qué mayor prueba?

Marq. Mas sin embargo, escuchemos
su disculpa: nada temas
infelice, y à favor
tuyo habla, no te detengas.

Jacinto. Señor, solo decir puedo
que me cansa y me molesta
esta vida, à quien confunde
un inmenso mar de penas.
Callaré, que el bofetón *à parte.*
me dió, pues, tan grande afrenta,

y sin poderla vengar,
 es peor que la muerte mesma.
 Yo sé que es inexorable
 la lei ; sé que me condena;
 sé que el delito me arrastra,
 y sé que mi suerte adversa
 no tiene , Señor , remedio;
 y así en esta inteligencia,
 solo suplico al Consejo,
 y espero me lo conceda,
 que no quiera sentenciarme
 à una cruel muerte que sea
 ignominiosa por sí;
 y no será en vano advierto,
 que para esta peticion
 justos motivos se encierran
 en mi pecho, que no puedo
 en situacion tan funesta
 declarar. Sola esta gracia
 espero de vuestra recta
 justificacion Señor
 Excelentísimo. Tengan
 mis lágrimas este alivio;
 que así postrado en la tierra,
 de vuestro gran corazon
 creo que este honor merezca.
 Muera yo como Soldado *à parte.*
 afrentado ; mas no muera
 como quien soi , padeciendo
 mas que en la muerte en mi afrenta.
Marq. Alza del suelo. Confia
 del Consejo en la clemencia.
 ¿ Qué es lo que falta?
Brig. Señor,
 que à su prision se le vuelva
 al reo , que la Ordenanza
 que habla de su culpa lea
 el Mayor ; y que se dé
 segun dicte la sentencia.

El Ayudante hace seña , entran los Soldados que conduxeron à Jacinto , le vuelven à atar , y se le llevan : vanse igualmente el Ayudante y Oficial.

Marq. Despejad.
Jacinto. Dios mio , si esto

me conviene à tu suprema
 voluntad , la mia está
 pronta , rendida y sujeta.

Brig. Leed , Mayor , la Ordenanza.

Sarg. May. Dice : Al Soldado que ofenda
 à su Gefe , se le corte *(toma y lee en la mano derecha , y muera (el libro.*
 ahorcado para escarmiento,
 en lo que tanto interesa
 el Real Servicio.

Brig. Un Suplicio
 como ese , pide por fuerza
 mucho mas tiempo , y debiendo
 al instante que anochezca
 el Regimiento marchar,
 no hai lugar para que sea
 muerto de ese modo ; y aunque
 tres horas se le concedan
 de Capilla (pues así
 en la Campaña se observa)
 para disponerse , como
 confirmar nuestra sentencia,
 con vista del Auditor,
 debe despues su Excelencia;
 para executarse , creo
 faltase el tiempo por fuerza;
 y por mas ejecutivo
 voto , que pasado sea
 por las armas.

Capitanes. Eso mismo decimos.

Brig. De esa manera
 no es necesario votarlo,
 sino firmar.

Marq. Que no pueda *à parte.*
 à este Joven desgraciado
 librar de la muerte !

Brig. Muera
 alcabuceado. *firma , y lo mismo los*

Marq. Qué amargas , *(Capitanes.*
 qué terribles y funestas
 pensiones ! La humanidad
 clama , y no es facil la atiendan.

Brig. Solo resta confirmar
 por Vucencia la sentencia,
 vista por el Auditor,
 para que su efecto tenga.

El Marqués toca la campanilla y sale el Ayudante.

Ayud. Qué mandais Señor? *Marq.* Llevad, para que al punto la vea, esa causa al Auditor, y decidle la debuelva con prontitud. *se la dá.*

Ayud. Bien. *Brig.* Si acaso se confirma la sentencia, que pongan en la Capilla al reo, y que esté dispuesta la manga de Granaderos que ha de tirarle: Usted vea las armas, y los cartuchos para que estén como ordena la militar disciplina; y apenas concluido sea el suplicio, el Regimiento desfile con marcha lenta à la vista del cadaver, que aunque la noche por fuerza yá habrá llegado, omitirse no puede esta diligencia. Pase luego à incorporarse sin que en nada se detenga à la Brigada que mando, y siga la ruta mesma, que dice el Itinerario que ha estendido su Excelencia.

Ayud. Voi enterado de todo.

Marq. Pues es preciso obedezca este acto del real servicio, dadme tiempo porque pueda ver solo lo que he de hacer en situacion tan funesta.

Brig. Gustosos obedecemos. Dios prospere à Vuecelencia.

Todos. Para bien de sus Soldados, y honor de la Patria nuestra. *vanse.*

Marq. Valgame Dios! ¡Qué inquietud tan nunca vista se encuentra en mi triste corazon! ¿Qué confusiones son estas, y quién las produce? Ignoro quién son, y la causa de ellas.

Este Soldado en su rostro ser delinquente no muestra; pues el delito que acusa es el que al semblante altera; y no hai Juez tan riguroso como la propia conciencia, que aquel de una vez castiga, pero muchas veces ésta.

Entre la Ordenanza, mi hijo, y un joven à quien se observa mi corazon inclinado, ¡qué haré para que se viera, sin daño de la Justicia, elevada la clemencia!

¡Mas cómo es posible! Si::: (cia.

Gert. dm. Yo he de hablar à su Excelencia. *Marq.* Ota?

Sale un Criado. Qué mandais Señor?

Marq. Dime, qué voces son esas?

Cria. l. Una joven agitada, triste, afligida, y resuelta, dice que se la permita ponerse à las plantas vuestras, ò que si no despatchada se dará muerte violenta.

Marq. Qué dices? Darse la muerte?

Corre, vé, à mi presencia al momento la conduce. (*vase el Criado.*) Quiza de importancia sea lo que me quiera decir: ¡mas mi inquietud se acrecienta!

Sale Gertrudis corriendo, y se arroja à los pies del Marqués.

Gert. Señor, vuestros pies::: Ay triste! Aun respirar puedo apenas.

Marq. Calma tu afliccion: recobra el aliento que atormenta infeliz joven tu pecho: dilo, y tu rostro serena confía en mí, que si puedo haré terminen tus penas.

Gert. Señor, mi grande afliccion, y verme à las plantas vuestras, con un afecto secreto, que à comprehenderlo no acierta

mi corazon , me han quitado
todo el uso de la lengua.

Marq. Sosiegate : ; Yo no sé
por qué tanto me interesa
la afliccion de esta infeliz,
que à consolárla me empeña!
No te detengas. Levanta.
Hablame claro. Sosiega.

Gert. Compadeceos , Señor,
de mi situacion adversa,
porque al mayor precipicio
desesperada me lleva.
Vuestra bondad solamente
puede clamar la tormenta
que mi barbaro destino
me ofrece para que muera.
Para arrojarse conmigo
à vuestras plantas excelsas,
mi madre me acompañaba;
pero à la fuerte violencia
de un desmayo constituida,
fue preciso la bolviera
à nuestra pobre barraca,
à donde ignoro si alienta.
Pues porque la dilacion
el efecto no perdiera,
que de vuestro generoso
corazon mi llanto espera,
he corrido hasta llegar
donde me oiga Vuestre clemencia.

Mora. Di , qué quieres?
Qué quietud *à parte.*
en mi corazon se observa!

Gert. Ese Soldado . Señor:::
ese infelice::: Las fuerzas
me faltan ! Es: *(sale el Criado)*

Criad. Esta causa, *(con los papeles.*
manda el Auditor que en vuestras
manos se ponga. *se los dá.*

Marq. Está bien.
Si aprobará la sentencia? *(ap. la mira,*
Triste joven! Confirmada *(y se aflige.*
viene yá! Y firmarla es fuerza! *(pasa à*
Mas qué es esto? Dios inmenso, *(la me-*
por qué así se desalienta *(ra con des-*
mi corazon? Al tomar *(aliento , toma*
la pluma la mano tiembla! *(la pluma.*

Mas qué he de hacer si es preciso
que à mi obligacion atienda! *firma.*
Toma , dala al Ayudante. *se la dá.*

Criad. Voi , Señor. *vase.*

Marq. Prosigue. ¿Qué era
lo que me decías de ese
Soldado?

Gert. Que su inocencia
le lleva al suplicio , que
su muerte no será pena,
sino víctima inmolada
à la crueldad mas sangrienta
de un poderoso enemigo.
Y siendo vuestra clemencia
tan propensa à proteger
al que inocente se encuentra,
este Soldado merece,
Señor , todo el favor de ella.

Marq. Sabes su culpa?

Gert. Su culpa
no señor , su suerte adversa,
su virtud y honor si sé.
Esto es lo que en él se observa.

Marq. Si quiso à su Coronel
dar muerte.

Gert. Eso no se niega,
pero fue , Señor , porque
esperando que yo fuera
su esposa , porque mi madre
à su honradez siempre atenta,
yá le habia dado el sí,
y yo un alma que le apreciá;
quiso oponerse , Señor,
al rigor , y à la violencia
que intentó contra mi honor
su Gefe ; cuya respuesta
à las súplicas que le hizo
primero fue una vileza,
pues con un bofetón cruel
que dió en su rostro le afrenta.
Y de un primer movimiento
arrastrado , y yá dispuesta
con tantos antecedentes
la cólera , le presenta
el luciente sable , para
que de este modo no hiciera,
yá que la gravó en su rostro,

en mi estimacion ofensa.

Marq. Pero no es del Regimiento de mi hijo?

Gert. Si no lo fuera en situacion tan amarga creo que nunca se viera.

Marq. Luego mi hijo pretendió manchar tu honor?

Gert. Cosa es cierta, y sin duda lo logrará cansando mi resistencia, si Jacinto no llegara à tiempo, y me defendiera.

Marq. Pero por qué ese Soldado en el Consejo de Guerra eso no dixo?

Gert. Porque al vér pública su afrenta, y su venganza imposible, solo la muerte desea.

Marq. Hijo bárbaro, y sangriento! Es mi exemplo quien te alienta à que à tu furor consagres por víctima la inocencia. Cruél! ¿Pero qué he de hacer *à parte*. firmada yá la sentencia? Desgraciado Joven! *mui enternecido*.

Gert. Cielos, *ap. con regocijo mezclado* que su pecho en la clemencia (*en llanto*. miro inclinado. ¡Señor, muevaos à piedad la adversa suerte de mi pobre madre! ¡Esta infeliz no padezca un golpe como éste, yá que otro cruel experimenta! Pues siendo de una gran casa, es hoy una Vivandera por un traidor.

Marq. Pues de dónde es?

Gert. De Castilla la Vieja.

Marq. De Castilla?

Gert. Si Señor.

Marq. Ah memorias que atormentan mi corazon! Dime el nombre de su Lugar, si te acuerdas.

Gert. De Olmedo, Señor.

Marq. De Olmedo?

Gert. Y de ilustre descendencia.

Marq. De Olmedo, y de ilustre Casa?

Gert. Ninguna mejor se encuentra en Castilla.

Marq. Qué he escuchado! *à parte*.

Estas voces me consternan y confunden. La memoria:: mi fé:: mi amante terneza:: si esta infeliz fuese:: ¿Dime, tu padre vive?

Gert. Ay Dios! Esa duda, Señor, es la que causa mis mayores penas! Solo sé que sordo à los gritos de naturaleza, el ingrato abandonó con una cruel infidencia todas las obligaciones que juró à mi madre.

Marq. Espera:: sientate à mi lado: vén, vén, hija mia, no temas.

Gert. Señor, qué gozo tan grande en vuestro rostro se observa.

Marq. Sientate, y respondeme. *lo hacen*. Mi alma me dice que es ella. *à parte*. Cómo se llama tu madre?

Gert. Señor::

Marq. Mi amor te lo ruega: dime al punto la verdad. No faltes à mi obediencia.

Gert. Qué imperio hallo en vuestra voz, que tan dulce me violenta à que os descubra un secreto que mi corazon conserva.

Marq. Descubrele.

Gert. Pues mi madre es la infelice Condesa de Villa-Serna, Señor.

Marq. Justo Dios! De Villa-Serna?

Hija amada. *se levanta para abrazar*

Gert. Gran Señor, (*la, y ella se retira*. qué haceis? Cielo, acaso sueña mi fantasía, ò delira?

Marq. Tu Padre soi, qué recelas? No te lo avisa tu mismo interior? ¡No véis las señas

infalibles de mi amor
en estas lágrimas: llega
à mis brazos, y los tuyos
à un padre rejuvenezcan,
que te ama, aunque te ha ofendido.
¡Esposa mia! Condesa
amada! En este momento
mis furioses se completan.

Gert. Ah, padre querido mio! *corre y le*
cuyo nombre me deleita, *(abrazo.*
y entre la mayor dulzura
à mi corazon anega:
que os he llegado à encontrar
en medio de mi funesta
desventura. *Marq.* Si, hija mia!

Gert. Pues no es posible que pueda
dejar de correr, à dar
esta tan felice nueva
à mi madre. Yo no sé, *dudando por donde*
por donde el gozo me lleva. *(ir de gozo.*
¡Qué consuelo! Padre mio,
esperad hasta que vuelva. *vase corrien-*

Marq. En fin, Soberano Dios, *(do.*
que à los males que me cercan
vas à dar fin: yo postrado
doi gracias à tu clemencia,
y à los brazos de mi esposa
corro à hacer promesa cierta:::
mas su situacion::: su estado:::

una infeliz Vivandera:::
podrán permitirme::: cómo?

Esto sería una afrenta

para la alta graduacion

à que mi dicha me eleva.

¿Mas qué digo? ¿La justicia,

el honor, y mi conciencia,

pueden permitirme acaso,

que à su razon desatienda?

¿Los sagrados juramentos,

y las solemnes promesas

que la hice de ser su esposo,

continuaré en ofenderlas,

despues que infiel motivé

sus desastres, y miserias?

El Cielo, aquel justo Cielo,

que lo escondido penetra

del corazon, ¿podrá acaso,

disimular esta horrenda

culpa, este delito atroz?

Cómo ha de poder? Quién piensa

tan bárbaro? Ay Dios! Yá veo

que está vuestra providencia

enseñandome el camino

para que en él no perezca.

Yá veo que los delitos

que en mi hijo amado se observan,

son terribles producciones

que de mis culpas hereda.

¿Pues qué aguardo, que no parto

à dar premio à la inocencia,

à cumplir mi obligacion,

à enlazarme con mi tierna,

y desdichada consorte:

à que ésta mire, y advierta,

que el mismo ingrato, que causa

dió à sus desgracias y penas,

es hoy quien entre sus brazos

la estrecha amante, y consuela;

y en fin, à que el justo Cielo

admitir piadoso quiera,

despues de estado tan triste,

estos votos que presenta

mi humillado corazon

por debida y grata ofrenda?

ACTO TERCERO.

La Scena es la misma que con la que con-
cluyó el acto primero.

Gert. **D**exadnos entrar, porque
dentro. su Excelencia nos aguarda.

Rosal. Yo he de ver al General.

Sale el Marq. No las estorveis: dexadlas.

Yo discurre que esta voz,

si el deseo no me engaña, *vé salir à las*

ha de ser::: ¡Pero qué veo! *(dos.*

Ella es sin duda, ¡qué estraña

agitacion me sorprende!

Gert. No os detengais, madre amada,

corred à verle. *Rosal.* Quién puede:::

¡Pero que miran mis ansias!

Marq. Infeliz Condesa, llega,

en estos brazos te enlaza.

D

Gert.

Gert. Oh felices desventuras!

Rosal. Mi confusion, las palabras
no me dexa articular!

¿No sois vos (¡quién tal pensára!)
el Marqués de la Colina?

Marq. Sí, dulce esposa. Esa gracia
por mis servicios debí
à nuestro invicto Monarca,
para hacerme mas feliz,
al retirarme de Italia.

Mas mi nombre, y apellidos
son Don Juan Guzmán de Lara,
aquel, amable Condesa,
que ingrato à su fé jurada
abandonó:: *Rosal.* A la infelíz
Rosalía, y desgraciada
Condesa de Villa-Serna,
por tu perfidia ultrajada!

Sí, hija mia; este es mi esposo,
y tu padre. ¡La distancia
de un General, à una pobre
Vivandera, y la mudanza
de su nombre, y apellidos
por su título, fue causa
de ignorar lo que hasta aquí
ha estado sintiendo mi alma!
Mas ya conozco à mi dueño,
cuya imagen, aunque ingrata,
en mi tierno corazon
siempre ha estado conservada.

Y enlazandome en sus brazos:: *alir à*

¡Mas dónde el placér me arrastra! (*hacer-*

¿Dime, pérfido, pretendes (*lose detiene.*

otra vez con tu inconstancia,
engañar à esta infelice?

¿Cómo tu esposa me llamas,
si te casaste, hombre infiel,
y dexaste abandonada
tu primera obligacion?

¡Ay Dios! ¡El aliento falta!

Marq. Adorada esposa mia,
no mas rigor: basta, basta.
Escucha solo un momento
verás mi fé acreditada.
Despues de que de tu vista
me separó mi desgracia,
à Italia pasé, y mis padres,

sin mi gusto, y con estraña
violencia, mi casamiento
trataron con una Dama
de aquel País; y por el Rei
fue tal union aprobada.
Mi mano sacrifiqué
à esta obediencia tirana;
y aunque siempre reservé
este corazon que te ama
à mi obligacion primera,
con la mas noble constancia;
no tube valor jamás
para darte tan amarga
noticia. Estando yo ausente,
llegaron, mi bien, tus Cartas
à manos de mi Consorte.
En ellas cuenta me dabas
de tu triste situacion;
à mi deslealtad culpabas
ofendida, y tu razon
ingrato, è infiel me llamaba.
La pasion celosa en ella
de modo obró, que entregada
toda à la melancolía,
fue tan eficaz, y rara,
que à los dos años murió,
dexando antes à mi Casa
heredero, en ese joven,
que es de vuestras quejas causa.
Como por su muerte fue
preciso que me entregara
de sus papeles, entonces
fue quando ví tu desgracia;
y en tus letras los testigos
que mi esplendor eclipsaban.
En tal estado, y mirando
ciertas ya las esperanzas
de poder dar cumplimiento
à la obligacion, que instaba
à mi corazon, y à aquel
fino amor que te guardaba
en mi pecho, partí al punto
(¡ay Rosalía!) à tu Patria.
¡Pero con cuánto dolor
supe tu precipitada
fuga! ¡No es posible puedan
explicarlo mis palabras!

Por saber tu paradero
hice diligencias varias;
¡pero en vano! ¡Y hoi el Cielo,
despues de fatigas tantas,
permite te halle! Mas tu,
hija mia desgraciada,
¡qué delito cometiste
para verte en tan infausta,
en tan triste situacion,
abatida, y sepultada
en el seno del olvido!
¡Esta reflexion amarga
cubre mi pecho de horror,
y este triste llanto causa!

Gert. ¡Ay amado padre mio!
¡Yo era fuerza que pasara
tantas penas y aflicciones
para lograr dicha tanta
como hoi el Cielo benigno
en estos brazos me guarda!
Pero, Señor, yá no es tiempo
de sentir mas. Las desgracias,
y las penas padecidas
en diez y ocho años, se cambian
hoi en júbilos. Corred
à mi madre, que os aguarda
llena de gozo, y perdona
vuestras injurias pasadas.

Marq. Si esa fortuna consigo,
para feliz, ¿qué me falta?
Pero ah! que mi culpa es grande,
y es preciso confesarla!

Rosal. Pero mi sincero amor
à perdonarte me arrastra. *corre à él,*
¡Bendiga el Cielo estos justos (*y se abra-*
abrazos, que à tí me enlazan! (*zan.*

Marq. ¡Sí hará, Rosalía! Yo
feliz, pues vivo en tu gracia.

Rosal. Siempre el arrepentimiento
borra las culpas. Mas para
solemnizar este dia,
concede, esposo, una gracia
en favor de un infeliz,
expuesto à morir sin causa.

Gert. Sí, padre mio. Hasta ahora
la naturaleza sábia
mis afectos ha movido;

pero yá desde aqui clama
para que Jacinto viva
otra voz no menos blanda.

Marq. Aunque no fuera su culpa
tan noble, como causada
por defender tu decoro,
vuestra proteccion bastará
para atenderle; mas todas
las facultades me faltan.
Por el Consejo de Guerra
sentenciado, y confirmada
por mi la sentencia, solo
el Rei puede revocarla.

Gert. ¡Ay desdichado Jacinto!
¡Y ay Gertrudis desdichada!

Sale el Coron. Señor, por lo que respecta
à mi Regimiento, dada
la orden tengo para que
levante el campo, y la marcha
siga esta noche, despues
de que se vea efectuada
la justicia de ese Reo.
Y ustedes creo que faltan à las 2 colé-
à la orden, porque debieran (*rico.*
haber hecho se quitáran,
pues yá lo están las demás,
sus infelices barracas.

Marq. Yo he mandado se detengan,
para que las satisfaga
mi amor de la ofensa, que
hacer à su honor pensabas.
Sí, mal hijo, tu imprudencia
solo aspiró à deshonrarlas,
y solo en honrarlas pienso:
¡horroricete la infamia
que ibas à hacer! ¿Y con quién?
¡Miserable! Con tu hermana;
con mi hija, que es ésta; y esta
la Condesa desgraciada
de Villa-Serna, mi esposa,
y su madre. ¡Tiembla, y halla
en tu confusion castigo,
pues la virtud infamabas!

Coron. ¡Qué he escuchado, justos Cielos!
¡Sueño, ò deliro! ¡Mi hermana
es esta, y de Villa-Serna
la Condesa vos, que tantas

penas à mi amado padre
ha causado vuestra falta!

Marq. Si, traidor: mira, y conoce
à quien injuriar pensabas.

Coron. ¡Ah, dulce hermana! Ah, Señora!

A vuestros pies:: *Rosal.* No, levanta,
hijo, à mis brazos *Coron.* En ellos
mis respetos se consagran.

Y en los tuyos, este hermano,
su suerte feliz, y grata
felicita. Si, Señor;

si, padre amado: la rara
virtud, perfeccion, honor,
y todas las circunstancias
de mi querida Gertrudis,
de tal modo me arrastraban
à quererla, que aunque yo
por su virtud lo reusaba,
indetiberadamente
parecia que una causa
oculta me conducia
con dulce violencia à amarla.

Mas por mi honor aseguro
que este cariño, esta llama
amorosa, los honestos
límites no quebrantaba.
Esta noble inclinacion
tan natural, tan hidalga,
si entonces notarla pudo
la malicia de libiana,
ahora la razon la abona,
y la prudencia la ensalza:
con que yá, hermana querida,
como à tal, dexa que salga
mi amor de mi corazon;
y con fraternal constancia
pagame lo que te quiero,
manifestando que me amas.

Gert. Sí, hermano querido mio,
yo te amo con la eficacia
que inspira la sangre que
nos une; mas la desgracia
de jacinto; por tí sea
en felicidad cambiada.

Coron. Ese es el dolor, Gertrudis,
que mi pecho despedaza,
al ver su infelice suerte,

y no poder remediarla!

Si consistiera su vida
en mi sangre, derramára
toda por él, ahora que
conozco, que yo di causa
à que su valor volviese
por el honor de mi hermana.
Bien, que aunque viviese, yá
contigo no se enlazára,
que entre la nuestra, y su sangre,
hai infinitas distancias.

Sale el Ayudante con una Carta.

Ayud. El Reo que está en Capilla,
Señor, me entregó esta Carta,
con orden de que à Vucencia
al instante que espirára
se la diese, y por si importa,
no he querido retardarla.

Marq. Demela usted. *la abre, y lee para sí.*

Gert. Ay Jacinto!

Hoi mi dicha, y tu desgracia
suceden. ¡Mas si tú mueres,
toda mi dicha me falta! *Leyendo.*

Marq. Qué dolor!

Ayud. Señor, qué es eso?

Marq. Cruel desdicha! Suerte amarga!

Todos. Señor:::

Coron. Padre, qué sucede?

Marq. Lee, infiel hijo, lee esa Carta,
y verás à lo que han dado
tus temeridades causa!
Mas yo la leeré, porque
te confunda el escucharla.

Lec. *Excelentísimo Señor:* Pues quando
V. E. vea este papel, yá habré yo es-
pirado, no tengo inconveniente en po-
ner en noticia de V. E. que soi el Con-
de del Rio, que por un lance de honor,
dí muerte en desafio à un Caballero de
mi Patria; de la que habiendome au-
sentado, tomé plaza en este Regimien-
to para estar mas desconocido. Poco
tiempo hace que dí noticia de hallarme
en él à un hermano mio; el qual en su
ultima Carta me decia esperaba de un
dia

da à otro mi indulto: y pues mi destino me ha puesto en términos de que no me sea útil, solo suplico à V. E. dé aviso à mi hermano, que se llama Don Pedro de Silva Sarmiento y Villanueva, de mi desgracia, para que éntre en el goce de mis Mayorazgos, siendo mi voluntad asista con la quarta parte de lo que produzcan à la Señora Rosalía, y à su hija Gertrudis, con la que tenia tratado mi casamiento, si verificaba la nobleza, que me aseguraba su madre heredaba, y yo reconocia en la virtud y honor de ambas. Así lo espero del favor de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años. Don Jacinto de Silva Sarmiento y Villanueva, Conde del Rio.

Gert. Ay Dios! La pena me ahoga!
Jacinto de toda el alma!

Rosal. Infeliz y noble joven
sacrificado sin causa!

Ayud. Yo he quedado confundido.

Coron. Yo absorto.

Marq. Tú eres de tantas
angustias que nos rodéan
el traidor motivo! Aparta
de mi presencia, sangriento
feróz hijo! Vete, no me hagas
que tome en tí mi despecho
tan inaudita venganza,
que à todos sirva de exemplo.
¿Mi esposa, y mi hija entregadas
à tan acervo dolor,
y sin poder consolarlas
en esta ocasion? Qué pena!
El corazon se me arranca!

Ayud. Su esposa, y su hija! Mi asombro
cada vez mas crece! *à parte.*

Marq. Marcha, huye de mí!

Coron. Sí, Señor:

teneis razon! Mas mis ansias *à parte.*
la vida me han de quitar,
ò al Conde es preciso darla.
Venga usted conmigo. Ahora
fuerza es cumplir con mi fama,
con mi padre, con su esposa,

con el Conde, y con mi hermana. *vase.*

Ayud. Con permiso de Vnecencia,
pues mi Coronel me aguarda. *vase.*

Marq. Hija, esposa, à tal dolor
no es justo esteis entregadas.

Gert. Qué fortuna tan cocotosa
me ha concedido mi grata
suerte! Encuentro un padre amable,
y pierdo un dueño que amaba.

Marq. El justo Cielo nos dé
el consuelo que nos falta;
y supuesto que desde hoi
conocidas, y obsequiadas,
qual sangre mia sereis,
venid donde esas alhajas
pobres, por ricos adornos
cambieis en fortuna tanta.

Rosal. Eso puede hacerse al punto,
pues conservo en mi barraca
un cofre con vários trages
de los que usaba en mi casa,
y ahora servirán en esta
fortuna tan no esperada.

Gert. El mio será un eterno
luto, que cubra, y deshaga
este triste corazon,
pues mi Jacinto me falta.

Marq. Vamos, y en tan crueles penas:::

Las dos. En tan tremendas desgracias,

Los tres. O acabe mi sentimiento,
ò esta vida tan amarga. *vanse.*

*El teatro representa el acampamento. Aun
lado se verá la tienda, que sirve de Capi-
lla, con las centinelas à su puerta, en la
que tendrán atravesados los fusiles. Jacinto
estará oculto en ella hasta su tiempo de-
trás de la qual se verá à lo largo Tro-
pa descansando sobre las armas. El Sar-
gento estará paseándose desviado algun
trecho de la tienda, haciendo
estremos de sentimiento.*

Sarg. Pobre Jacinto! ¡El dolor
de su situacion infausta
me tiene sin mí!

Sale el Ayudante al bastidor.

Ayud. Preciso

es hacer lo que me encarga
mi Coronél: yo bien sé
que me expongo, si se alcanza
este proyecto à saberse:
pero yá dí mi palabra.

Señor Sargento.

Sale el Sarg. Usted mande
mi Ayudante. *Ayud.* Cómo se halla
el Reo? *Sarg.* Bien afligido.

Desde que escribió la carta
que à usted dió, no hace otra cosa
que para el paso que aguarda
tan terrible, disponerse,
y llorar con eficacia.

Ayud. Miserable! *Sarg.* Mi Ayudante,
por verdad mui cierta pasa
en el Exército, que
aquella pobre muchacha,
y su madre Rosalía,
que Vivanderas se hallaban
aquí, son esposa, è hija
del General. *Ayud.* Ahora acaba
el Coronél de enterarme
de todas las circunstancias
de ese caso, y es mui cierto.

Sarg. Pues de ese modo, esperanza
puede haber de Jacinto
viva. *Ayud.* Pues usted se engaña.
Solamente puede al Reo
darle la vida el Monarca.
¿A qué fue usted al Quartel
general? *Sarg.* Que le llamára
el Coronél, me encargó
el Reo. *Ayud.* Y vendrá?

Sarg. Palabra me dió de ello.

Ayud. Pues no hará
al Reo, ni al acto falta.
Yá obscurece. A advertir voi
à la Tropa de la marcha
qué en tal caso debe hacer.
En el momento usted haga
que alerta las centinelas
estén; disponga la manga

que deberá conducirle,
y que bien unida vaya.
Voi à que el Coronél vea *à parte.*
que observo lo que me manda.

Sarg. Sea en horabuena. Ustedes
dejen esa puerta franca,
para que Jacinto tenga
tan corto alivio en sus ansias.

*Se separan las centinelas de la puerta de
la tienda, quitando los fusiles, y sale à
la puerta Jacinto con grillos.*

Jac. Señor Sargento, yo estimo
como es debido, esta gracia.

Sarg. Así pudiera aliviarle
en todo, aunque me costára
verter mi sangre. *Jac.* Lo creo.
Qué hora será? *Sarg.* Yá son dadas
las siete. *Jac.* Pues de ese modo,
discurro que mucho tarda
la orden que se está esperando
para tocar la llamada;
pues creo que el Regimiento,
despues de mi muerte marcha.

Sarg. Como ahora se hace de noche,
la prisa no es demasiada.

Jac. Qué respondió el Coronél?

Sarg. Que vendria. *Jac.* Dios lo haga!

Sarg. De Gertrudis, y su madre *à parte.*
no quiero decirle nada,
porque en esta ultima hora
la alegría le alterára.
Pero acia aqui el Coronél
viene. *Jac.* Dios mio, os doi gracias;
pues dexaré con su vista
mui quieta y tranquila à mi alma.

*Sale el Coronél, y el Sargento para
à recibirle.*

Coron. Señor Sargento. *Sarg.* Señor.

Coron. Vaya usted, porque le aguarda
el Ayudante en su tienda.

Sarg. Voi à ver lo que me manda. *vase.*
Coron. Ustedes retirense à los Centinelas,
un poco: ¿à qué usted me llama? *(que lo
Di-*

Dígame quanto quisiere (*hacen, y lle-*
con franqueza, y sin tardanza, *ga à Ja-*
porque ahora son los momentos *(cinto.*
de muchísima importancia.

Jac. Lo sé, Señor; mas yo tengo
mi voluntad resignada
à la de Dios, y la muerte
me asusta mui poco, ò nada.
Llamo à Usia para que
un favor, entre otros, me haga.

Coron. Decid.

Jac. Pues suplico à Usia,
que me perdone la falta
de respeto que le tube;
y la cruel, y temeraria
pasion de darle la muerte
para lograr mi venganza.
Con esta satisfaccion
quedará tranquilizada
mi conciencia. Perdonadme,
y muera yo en vues.ra gracia.

Coron. Querido amigo, yo debo
pedirte perdon: abraza
al que tu enemigo fue,
y à tu tragedia dá causa.
¡Cree que quisiera encontrar
arbitrio, que te sacára
de este conflicto!

Jac. Lo creo;
y para que acreditada
vuestra expresion quede, hacedme
otro favor. *Coron.* Mi palabra
te lo asegura, Jacinto.

Jac. Pues Señor, desamparadas,
sin potecion, y afligidas,
por mi suerte tan infausta,
la Señora Rosalía
y Gertrudis, su hija amada,
es fuerza queden. Yo tengo
ideas mui bien fundadas
para asegurar que son
de clase bien elevada.
Este juicio, y la virtud
que en hija, y madre encontraba,
me movieron à que aquella
diera la mano, y palabra
de ser su esposo. El destino,

que todo lo muda, y cambia,
no permite que yo cumpla
con la obligacion jurada,
que contrage; y así espero,
que Usia, por una gracia
de su bondad las proteja,
las atienda, cuide, y haga
que tenga efecto lo que
le suplico en una Carta
(que despues de mi suplicio
será en su mano entregada)
al Señor Marqués su padre.
Deme Usia la palabra
de que lo executará,
y no me será pesada
la amargura de la muerte,
que por instantes me aguarda.

Coron. Noble amigo, yo te ofrezco
que se mire acreditada
tu súplica. *Jac.* De ese modo,
nada, Señor, me acobarda. *dentro tocan*
Mas ay Dios! Yá el fin postrero *(llamada.*
llega à mi vida! Llamada
tocan las cajas y pitos,
y mi tragedia declaran.

Coron. Pues ánimo, amigo mio,
y tened mucha confianza
en Dios, que dá los consuelos
al que à sus piedades clama.
Yá te dirá el Ayudante
cierta cosa: ten confianza
en ella, que te aseguro
se cumplirá. Yo hago falta
para que tenga su efecto.
A Dios. *vase de prisa.*

Jac. El me asista en tanta
afliccion! El Ayudante
me dirá, que remediadas
quedan por mi Coronel
esas pobres desgraciadas.
Así lo creo. ¡Dios mio,
fortaleced mas mi alma!

Salen el Sargento, y Soldados.

Sarg. Quitad los grillos al Reo,
y vamos, porque yá aguarda

el Regimiento formado.

Jac. Providencia Soberana,
pues me criasteis para vos, *le atan, y sa-*
en vostengo mi esperanza! *can al teatro.*
¡Derramad vuestras clemencias
sobre mí! Si á aquel que os llama
teneis dicho asistireis,
yo os llamo: vuestra palabra *con mucho*
se cumpla, Señor; mi llanto *(desaliento.*
lo pide, y mi fé lo aguarda.

Se le llevan: tocan la marcha cajas y pitos,
retirandose poco á poco bien lejos: y despues
de emplear algun momento sale
Jacinto.

Jacinto. Aunque á las mugeres es
la curiosidad tan grata,
y me estimula la mia
con imperiosa eficacia
á presenciar la justicia,
que á tantas gentes arrastra,
del infelice Jacinto;
al verle, tan lastimada
su presencia me ha dexado,
que no tengo valor para
seguirle al suplicio. Malo, *tocan marcha*
y ále conducen. ¡Qué amarga *(á lo lejos.*
carrera lleva! ¡Infeliz! *llora.*
Pobrecito de mi alma!
La Señora Rosalía,
y su hija, despues que acaban
de encontrar tan buena suerte,
como estar yá declaradas
por esposa, è hija de
nuestro gran General, hallan
esta pena. ¡El mundo quando
dá un gozo, un susto prepara!
Mas con su Excelencia vienen,
las oiré aquí retirada.

Se retira al fondo del teatro, y salen el Mar-
qués, y Rosalía con polonesa de color, dete-
niendo á Gertrudis, que vestirá luto, tra-
yendo el pelo tendido, mal preñida, y ha-
ciendo fuertes estremos de dolor. La
marcha se oirá siempre mui lejos.

Gert. No, no penseis detenerme,

mi corazon solo aguarda
morir á su lado. Ay Dios!
¡Padres, dexadme que vaya!

Marq. Hija, detente.

Rosal. Gertrudis,

vuelve en tu juicio. Repara:::

Gert. No, Señora: sin mi esposo
me es la vida dura carga.

¡Dexadme verle por Dios!

Marq. No, hija mia; esa desgracia,
ese espectáculo triste,
sin duda te horrorizara:
no pudieras resistir
una vista tan amarga.

Gert. Nada puede centenerme:

mi esposo á gritos me llama,
permitidme que le vea,
y moriré consolada. *bace fuerza para*
¡Pero, Cielos. yá sin duda *(irse, d jan*
llegó al Suplicio! Me falta *(de tocar, y*
el aliento! Yo fallezco! *(se detiene.*
¡No, barbaros, no esa amada
vida, crueles acabeis!

Deteneos: vuestras armas
contra mi aliento emplead,
y viva el dueño de mi alma,
y dulce esposo. El silencio
del campo, las atezadas
sombras con que cubre al día
la noche que está inmediata,
todo me confunde: todo
me consterna y acobarda!

Mas mi esposo! Mi Jacinto! *disparan á*
Justo Dios! Mi vida acaba. *(un tiempo*

Marq. Hija::: *(seis ó siete tiros,*

Ros. Gertrudisquerida::: *(y cae desmayada*

Marq. Mal atróz! *(en los brazos de*

Ros. Qué cruel desgracia! *(su padre.*

Los dos. Hija mia. *vuelve poco á poco.*

Gert. Y es verdad:::

Jacinto, Jacinto! Llamas
á tu infelice consorte! *se incorpora.*
Haber muerto puede, y se halla
viviendo este corazon!
No es posible! Él no me engaña!
Pero ay Dios! murió mi esposo,
y mis súplicas de nada

han servido. ¿Pues por qué me detengo, sin que patta à unirme al noble cadaver, y à espirar con eis Aguarda, Jacinto. Esperame, esposo, que ya te buscan mis ansias. *vase pre-*

Ros. Ah Cielos. Vamos tras de ella, *(capi-* pues su dolor, y constancia *damente.* la llevan al precipicio.

Marq. Sigamosla, esposa amada! gran fies! bien sé que es castigo de mis culpas mis desgracias. *vanse.*

Jacinto. Tan confundida he quedado, que no sé lo que me pasa! El pie no puedo mover! Pobre Jacinto! Mas vaya, animemonos un poco, y vamos à la barraca à cargar mis muebles, pues Felipe en ella me aguarda; y el Regimiento al instante es fuerza emprender la marcha.

Vase, se levanta el telon, y se vé la mutacion de la primera Scena de la Comedia. Sobre la parte del muro que baña el mar, habrá muchas gentes. En las embarcaciones lo mismo, las tiendas à uno y otro lado, y las barracas deshechas. Inmediato al mar estará el palo que ha servido de suplicio. Jacinto estará tendido en el suelo como muerto, teniendo el Teatro poca luz. El Ayud. parece solo delante del fingido cadaver.

Ayud. Todo se dispuso como se meditò, à Dios las gracias. Marche la Tropa al instante, cerca del y hasta unirse à la Brigada *(bastidor.* no haga alto, pues yà la noche sus lobregeces dilata.

Levanta el baston, tocan marcha con música, y salen las Tropas formadas: entre division y division se verá a gun cañon de Campaña: a guiso de carros y mulas cargadas, levando dos Vanderas.

Ayud. Daré parte à su Excelencia

de que yà la Tropa marcha; mas parece que aqui viene, al encuentro es bien le saiga, para que nuestra intencion no se mire malograda; y porque no le consterne *salen los dos* una vista tan amarga. *(Oficiales* Amigos, hagan ustedes *(muchos.* lo que el Coronel encarga.

Se despiden con cortesias: los dos Oficiales se dirigen à Jacinto lentamente, y obsrvando si alguien puede verlos. Antes de llegar à él cae el telon de vista de Ciudad, y bosque, y salen el Marques, y Rosalia deteniendo à Gertrudis, alumbrando los por dos Criados que sacan hachas.

Marq. No debes vér el cadaver, hija mia. *Gert.* Cruel desgracia! Solo pretendo morir en sus brazos! *Rosal.* Hija, aplaca tu dolor! No aflijas mas à tus padres, que te aman.

Sale el Ayudante. Yà la Justicia, Señor Excelentísimo: *Marq.* Basta. Yà lo sé. Ola? *Criado.* Señor.

Marq. Sin dilacion, sin tardanza conduzcase à la Ciudad el cadaver, y que se hagan de orden mia las exéquias precisas y necesarias que à un titulo de Castilla corresponden. Vés, ¿qué aguardas?

Ayud. Oiga Vuecencia. *Gert.* Yo voi, sin que me lo impida nada, à mirar à un desgraciado egemplo de la constancia, y de la desdicha menos mereceda. *Marq.* Oyen: *detienenlos.*

Rosa. Repara::

Ayud. Pues ocultar no se paece *ap.* lo que se ha hecho, y es dar causa à mayor delito, si descubrirlo se dilata, sepa su Excelencia quanto su hijo ha mandado que se haga. Señora, suplico à Vsta

se detenga. Dos palabras

oiga Vucencia. *Marq.* Decid. *el Ayud.*

Rosal. Qué os detiene? (*manifiesta temor.*

Gert. Hablad. *Ayud.* Me embarga

la voz, el decir que vive

el Conde. *Gert.* Qué oyen mis ansias!

Los tres. Vive? *Ayud.* Sí, Señores, vive.

Gert. Justo Dios! Usted me engaña!

Lo conozco, pero el gozo

de mí misma me arrebata.

Rosal. Alienta Gertrudis mía!

Gert. Será cierta dicha tanta!

Marq. Digisteis que vive el reo?

Ayud. Sí Señor. *Marq.* Y por qué osada

disposicion criminal,

faltando à las Ordenanzas,

al Rei, y à la disciplina

Militar, tan temeraria

accion pudo egecutarse?

Quién dió una orden tan malvada?

Sale el Cor. Yo, Señor: yo quise solo

que en mí mismo se encontrara

el remedio poderoso

en tan tristes circunstancias.

Marq. Tú? *Cor.* Sí Señor. *Marq.* Miserable!

Tu précipicio te labras!

Cor. Viva la inocencia, y muera

quien la persiguió sin causa.

Yo recorrí por mí mismo

en una tienda las armas,

que descargarse debian

contra el infeliz. Las valas

extrage de los cartuchos

con que alli fueron cargadas,

para que no le ofendieran

al tiempo que dispararan.

Con esto, con el cuidado,

y la mucha vigilancia

de dos graves Oficiales,

que merecen mi confianza,

el efecto se logró

que mi fiel amor deseaba;

y vuestro orden solo esperan,

Señor, para que le traigan

donde esta accion felicite

mas que ninguno mi hermana.

Gert. Ay hermano mio! Qué tanto le abraza.

sabe agradecerte mi alma

esta imponderable dicha!

Corramos à verle. *Marq.* Aguarda

Gertrudis. Y tú, hijo infiel,

que con un delito tratas

querer borrar una ofensa;

¿no ves que en tu accion quebrantas

la Justicia, el buen egemplo,

y disposiciones sabias

del Soberano? ¿Con qué

autoridad procurabas

dejar ilusoria una

capital sentencia, dada

por un Consejo de Guerra,

que solo toca al Monarca?

Cor. Yo, Señor, viendo la justa

pena que à todos tocaba,

y el sacrificio del Conde

sentenciado por mi causa:

mis propios remordimientos

me influyeron esta traza

para evitar el estrago,

dejando verificada

la sentencia del Consejo

en lo que mas importaba,

que es el buen egemplo; pues

la Tropa no sabe nada

de este suceso. Por esto,

no han sido por mí violadas

las Reales Resoluciones

que exigen las ordenanzas,

porque todos creen, Señor,

que se hizo lo que señalan.

Marq. Pero siempre las acciones

que son mal egecutadas,

mayormente quando median

Reales Decretos, no manda

la integridad, y el honor

que deben ser castigadas.

Las que à la legislacion

se advierten como contrarias,

esas deben suprimirse;

pero aquellas que ella encarga

se egecuten, es delito

mui enorme el retardarlas

ni un momento. ¿Y qué será

del contrario egecutarlas?

Rosal. En fin, vuestro hijo ha sabido

seguir los gritos que daba

à su bondad su conciencia,
y esta disculpa le basta.

Gert. Sí, Señor, padre querido:
pues que en vuestra mano se halla
dejad calmar la tormenta
que à todos nos anegaba
en amargura. Dejad
que viva Jacinto: Basta
de rigor, basta de enojo.
Consigamos esta gracia.

Marq. No puede ser, hija mia,
te estimo con toda el alma;
te amo y venero, Condesa;
union tengo con la Casa
del Conde del Rio; pero
mediando la soberana
disposicion de mi Rei,
ni atiendo, ni miro nada.

Haga usted que en el momento *(al Ayud.*
con correspondiente Guardia,
y cargado de prisiones
pongan al Conde, y le encarga
mi orden que no hable con nadie.
Señor Coronél, no salga
de la Prevencion Usia
hasta mi orden: guarde exácta
y rigurosa prision.

Y cuenta con la observancia
de mis preceptos, porque
si en la menor circunstancia
à ellos faltare, tendrá
que sentir mucho, y con causa.
A despachar una Posta
voi al instante al Monarca:
le daré cuenta de todo;
y lo que disponga, en nada
se podrá alterar, aunque
la vida à mi hijo costára.

Cor. Sí, padre mio: Gustoso
vuestras ordenes abraza
mi corazon; pues si el Rei
me perdonase, esta gracia
será mi arrepentimiento,
la satisfaccion deseada,
y si mandare que muera,
sacrificaré en las aras
de la amistad esta vida
con tal gusto, y tal constancia,

que porque la tenga el Conde
será mi alegría estraña.

Marq. Ahora si que te haces digno,
hijo mio, de una fama
inmortal! Ahora sí que
corresponde esta bizarra
virtud, y entereza, à aquella
tu ilustre sangre heredera.
Voi à despachar la Posta,
y::: *dentro chasquidos de látigo.*

Ayud. Una parece que acaba
de llegar. *Cor.* Posta es sin duda.

Marq. Yá sale un Criado.

Sale el Criado. Esta carta *se la dá.*
à Vucelencia trae un Posta.

Marq. Leeré por si es de importancia.
Por el Rei dice: Al Marqués
de la Colina. *la abre, y lee para sí.*

Gert. Qué estrañas
novedades, Santos Cielos,
en un solo dia pasan!

Cor. Cielos, qué leerá mi padre *ap.*
que tanto gusto le causa! *(gozo.)*

Marq. Mil veces bendito el Cielo! *lleno de*
Yo os doi mi Dios muchas gracias,
porque así os habeis dignado
de consolarme. Hija amada,
esposa querida, hijo
de mi corazon, es tanta
mi alegría, que no puedo
con las voces explicarla.

Todos. Y qué es, Señor?

Marq. Que el Ministro
de Guerra en aquesta Carta
me dice, que como padre
piadoso, nuestro Monarca
perdona al Conde del Rio
(porque yá sabe que se halla
aqui por su hermano) de
la muerte que dió con armas
iguales, y en desafío
à Don Francisco Peralta.

Todos. Justo Dios!

Marq. Hai mas, hai mas:
El gozo de mi me saca!
Ha dado à luz nuestra Reina,
para consuelo de España,
un Príncipe, y me autoriza

para que indulto recaiga
 en un reo sentenciado
 à muerte, siendo por causa
 de honor. Este es nuestro Conde.
 Ayudante sin tardanza
 conduzcale usted aqui;
 y de todo lo que pasa
 déle una pronta noticia
 para que se alegre. Vaya,
 corra usted, no se detenga,
 ni pare hasta que le traiga.

Ayúd. Así lo haré en el instante. *vase cor-*
Cor. Sumo Dios:: *(viendo,*

Gert. Bondad Sagrada::

Rosal. Infinita Providencia::

Marq. Inteligencia increada::

Todor. Rendidos os tributamos
 por tantos favores, gracias.

*Salen el Ayudante, y los dos Oficiales que
 conducen à Jacinto, Gertrudis corre
 à abrazarle.*

Gert. Esposo amado! *Rosal.* Hijo mio!

Jac. Esposa: Madre del alma!
 Señor invicto, à esos pies::

Marq. Conde, en mis brazos descansa
 como hijo de un primo mio,
 à quien tiernamente amaba.

Jac. En ellos mis desventuras
 toda su proteccion hallan.

Marq. Nada he hecho, Conde, por tí,
 al Rei debes honras tantas.

Jac. Y al piadoso corazon
 de mi Coronel. *Cor.* Abraza,
 querido Conde, à este hermano
 que por tí morir deseaba.

Rosal. Por qué caminos tan raros
 sabe Dios dejar premiada
 la virtud, que en los trabajos
 resigna su tolerancia.

Gert. Y cuánto debe esperar
 la fortaleza y constancia!

Marq. Vamos à la Ciudad, y
 quedarin revatilladas
 nuestras bodas con aquella
 solemnidad necesaria,
 Conde, miña que así
 apenas tenga la gracia
 del Rei, como espéro, quiero
 que queden ejecutadas.

Y en tanto, nuestra Gertrudis
 es bien quede destinada
 para casarse al instante
 con el Conde. Demos gracias
 à Dios por sus beneficios;
 y mire yo que se ensaizan
 con vuestras manos los pechos
 que tan tiernamente se aman.

Jac. Esta es mi mano bien mio.

Gert. Con esta te doí el alma.

Cor. Y con un fin tan dichoso,
 noble Auditorio, se acaban.

Todor. Las Vivanderas ilustres
 merezcamos que se aplaudan.

F I N.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Con-
 cepcion Gerónima, junto à Barrio-Nuevo; y asimis-
 mo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias
 y Comedias modernas; Autos, Sainetes, Entre-
 meses y Tonadillas. Año de 1792.

